

EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, JULIO 31 DE 1898

NUMERO 5



Nelson A. Miles,

GENERALÍSIMO DEL EJERCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS

LA SEMANA

RESUMEN—Seis ejecuciones capitales en Oaxaca.—Terrible ejemplo.—La lucha entre el criminal y la sociedad.—Armas iguales.—Adulterio y asesinato.—La más negra de las traiciones.—Esa mujer no debe ser madre.

La Justicia del Estado de Oaxaca ha dado terrible ejemplo á todos los delincuentes del país, enviando al patíbulo y ejecutando de un solo golpe á seis delincuentes de la peor especie, á los asesinos crueles, traidores y alevosos del Sr. Trovamala.

La primera impresión que una hecatombe de esa naturaleza provoca, es la del horror, y las primeras reflexiones que acuden al espíritu, son las de un sentimentalismo extraviado y los de una declamatoria tan elocuente como hueca. ¡Cómo! en pleno siglo diez y nueve, en sus gloriosas pos-trimerías, se lava aún la sangre con la sangre! ¿Es remedio al homicidio, la pena capital? Para vengar la muerte de un hombre se sacrifican seis, ¿y eso se llama proteger la vida humana? A tanto equivale ese bárbaro proceder como á

quitar el dolor de la cabeza

quitando la cabeza que lo siente.

Una madura reflexión sobre el problema restituye el problema á su verdadero punto de vista y lo reduce á las proporciones de una operación quirúrgica repugnante, sangrienta, dolorosa; pero preservadora y salvadora del vigor y de la vida del organismo social. Nada más odioso que una cauterización con el hierro candente; las carnes humean, la sangre hierve con siniestros chirridos, un vapor nauseabundo se esparce y provoca vértigos, escaras negruzcas aparecen y de lo que fué organismo vivo, palpitante, activo, deja solo placas de escoria, tizones negruscos, insensibles é inertes. Pero la operación, cruel en sí misma, cuando se ejecuta en úlceras infecciosas, en cánceres corrosivos, es fecunda en bienes y salvadora de vidas. El organismo desembarazado de gérmenes nocivos y de tejidos dañados, recobra la fuerza y la salud, la dicha de vivir; desaparecen los dolores agudos, los ardores quemantes, las punzadas asesinas y el sacrificio de una colonia de celdillas dañinas basta para curar males mortales.

Lo mismo en sociedad: el criminal, el bandidero, el hombre desnaturalizado que no respeta vidas ni haciendas, el asesino, como en el caso de Trovamala, de un anciano impotente, ciego, solo, confiado; el cruel destructor de vidas honorables que machete y garrote en mano viola el hogar, hace irrupción en el sagrado de la alcoba, se congrega en bandas numerosas y desenfrenadas y hiere y golpea y tortura y destruye, no es un hombre, es una fiera; no es nuestro semejante, es nuestro enemigo; y si forma cuadrilla debe exterminársele con mayor razón que si delinque solo.

Los partidarios de la abolición de la pena de muerte nos dan envidia; ¡quién, como ellos, pudiera creer que los hombres son todos buenos; que la dulzura y la convicción son los mejores correctivos del delito y del crimen; que cebándolos en las Penitenciarías se apaga su hambre de malsanos placeres y su sed de criminales atentados, que su corazón, tierno como de paloma, se abrirá á las predicaciones del misionero, á las sugerencias del moralista, á las aspiraciones del filántropo y que el crimen desaparecerá el día que desaparezca el castigo!

Desgraciadamente nada de esto es verdad; hay hombres fieras como hay hombres corderos, por instinto, por organización, por naturaleza, por atavismo; una fatalidad comparable sólo á la que rige la vida del tigre inclina á aquellos al mal, como á estos al bien, educación, buen ejemplo, principios, consejos, nada vale, nada puede contra sus tendencias á la destrucción; á estos se les debe sacrificar, suprimir, eliminar para defender á la sociedad contra sus atentados, y para que no difundan en ella la mala semilla.

Y tan es así que uno de los fusilados de Oaxaca, Rafael Castellanos, asesinó en la cárcel al preso Francisco Gonzalez y otro, Marcos Velasco, cometió un homicidio proditorio en la persona del jo-

ven Juan C. Vazquez, miembro de una distinguida familia de Mazatlan.

No tiene duda, esos hombres eran carne de horca; no debemos llorarlos, antes felicitar á la Justicia de Oaxaca por su rectitud y su entereza.

* *

Y á propósito ¿qué género de pena, que especie de castigo merece Casino del Raso, asesino del Presidente Municipal de Santa Cruz, en Tlaxcala? Protegido, colmado de favores y de distinciones por su víctima, estimado y considerado por ella, casi de la familia, del Raso, hombre nada vulgar y que ha recibido alguna instrucción, no encuentra mejor manera de pagar los servicios recibidos, que enamorar, seducir, hacerse el amante de la esposa de su protector; sorprendido una noche en brazos de la adúltera debió, estoico, impasible esperar la muerte ó interponerse caballeramente entre el esposo airado y la cómplice de su delito, é implorar para sí la muerte y para ella el perdón. Cuando un hombre de mediano corazón se ve arrastrado por pasión irrefrenable á los brazos de una mujer casada, debe dar por firmada su sentencia de muerte, hacer á su extravío el holocausto de su vida y saber morir. Pero del Raso pertenece á la peor categoría de los hombres perversos, á la de los ingratos; tal vez es un cobarde, y al ver aparecer al esposo, antes que éste tenga tiempo de reconocerlo y de saber de qué se trata, hace fuego sobre él y lo hiere de muerte.

El esposo ultrajado, casi agonizante, tiene todavía el tormento de ver cómo su desleal compañera y su infame asesino lo desoalijan, se apoderan de su dinero y de sus joyas y huyen á ocultar, sabe Dios en qué antro, sus criminales amores.

Yo quisiera ver desde aquí la cara que pondrán los filántropos y abolicionistas de la pena de muerte al relato de tan infame crimen! ¿No les parece que lo mejor sería llamar á los fugitivos, amonestarlos dulcemente, hacerles prometer que no volverán á hacerlo; exhortarlos al bien y á la virtud, casarlos, especialmente por la Iglesia, una vez muerto el Señor Rosario; buscar la reproductiva inversión de sus economías y esperar sentados su regeneración y enmienda? Procediendo así no se corre riesgo de agregar una gota de su sangre impura á la generosa del Señor Rosario que con tanta profusión derramaron. Y ya que al esposo *le llegó su hora* y que la *fatalidad* lo condena á la muerte ó á la desgracia, siquiera que la intempestiva intervención de la justicia no haga dos víctimas más; ya tenemos bastante con una!

En este terrible crimen no se sabe á punto fijo quién es más culpable, si la mujer ó el amante.

La mujer que viola la fé jurada, que mancha el tálamo, que pone sobre la frente de sus hijos un estigma de infamia y de vergüenza, que, como diría Otelo, hace ruborizar al pudor mismo, que paga con falsías y con traiciones la protección, el amparo y el amor del esposo, no debe encontrar para su culpa remisión. El matrimonio es una institución sagrada que uniendo á un solo hombre con una mujer, redime en lo posible al ser humano de las fatalidades animales á que lo condena la Naturaleza, que corre un poderoso velo sobre nuestras más necesarias é íntimas miserias, que encubre y suaviza las brutalidades del instinto, que idealiza y ennoblece una función y que hace al hombre menos animal y más espiritual. Es la mujer quien menos debe romper ese pacto que hace compatible su función suprema de madre con su noble pudor de ser civilizado.

La esposa que rompe el pacto vuelve á la categoría de hembra; se prodiga cuando debía reservarse y se entrega cuando debía guardarse. Y sobre todo si es madre, su delito ni tiene ni puede tener redención. En cuanto al amante, no hay para él pena bastante severa; quien nos roba la esposa nos debe su vida; quien nos quita á la vez la mujer y la vida...! lástima que sólo pueda merecer la muerte.

LOPEZ I.

Política General.

LA GUERRA HISPANO-AMERICANA.—LOS PRELIMINARES DE LA PAZ.

Por fin ya es un hecho que el Gobierno Español se ha resuelto á pedir al de Washington las condiciones de paz. El Embajador de Francia ante la Casa Blanca ha sido el encargado por el Gabinete de Madrid de entablar las negociaciones preliminares para el arreglo de la paz.

Los que hemos visto con dolor cómo se derramaba la sangre á torrentes, cómo se derrochaba el dinero en la lucha terrible entablada por dos pueblos que representan los intereses de distintas razas, los que hemos seguido paso á paso los episodios de esa lucha desigual en que las ventajas han estado constantemente por parte de los americanos, y hemos admirado el heroísmo del pueblo español ofrecido en holocausto por el triunfo de una idea, marchando ciego al combate sin aquilatar los peligros, sin medir los obstáculos, sin ver los abismos abiertos á sus pies, sino sólo fijos los ojos en su bandera orlada con los nimbos de gloria que han cantado sus poetas y sus historiadores; los que hemos percibido desde nuestra tierra apartada las lamentaciones del huérfano, los ayes de la viuda, las doloridas quejas de la madre, los gemidos sofocados de la esposa que han visto desaparecer en las fauces insaciables del Moloc de la guerra á los seres más queridos, á los pedazos más caros de su corazón; los que sin prevenciones ni prejuicios, sin preocupaciones de ningún género, sin apasionamientos de ninguna naturaleza hemos comparado friamente los elementos con que cuenta la Unión Americana en pleno goce de su fuerza y poderío, con los que tiene á su disposición la Monarquía española agotada por tres años de guerras coloniales; amenazada de divisiones, corroída por los partidos, acosada por las rivalidades interiores, amenazada por la guerra civil y sola y abandonada en su congoja por las Potencias Europeas... los que todo esto hemos visto, sentimos una especie de satisfacción al ver aproximarse el fin de todas estas angustias y llegar á una resolución honrosa para entrambos beligerantes.

Los pueblos no están obligados á alcanzar la victoria. Los ejércitos y las escuadras que marchan al combate nunca van con las seguridades del triunfo. No son los triunfos modernos los de la vieja Esparta en que la estrategia y el soldado que salía en defensa de la patria tenían el deber ineludible de volver á sus hogares con su escudo cargado con los laureles del triunfo, ó sobre su escudo envuelto con los sudarios de la muerte. Menos asperas nuestras costumbres, menos exigentes nuestros deseos, basta á los combatientes cumplir como buenos las leyes militares, basta á los pueblos ofrecer las resistencias que impone el Código de honor, basta á las naciones cumplir en la esfera de su actividad y en el orden de lo posible las aspiraciones populares, para que se consideren libres de toda responsabilidad.

Ya otra vez lo hemos dicho; no existen los suicidios colectivos; es cruel y terrible empujar al sacrificio, y al sacrificio estéril, á las ciegas multitudes que se deslumbran con oropeles, que se sugestionan por vanos resplandores, que se pagan mucho de los impulsos instintivos, y sólo á fuerza de desengaños atienden á los dictados de la razón.

Las clases directoras, los grupos pensadores, los que representan los intereses legítimos de España, há tiempo que abogan por la paz, há tiempo que reclaman la suspensión de tantos y tan estériles sacrificios, há tiempo que reclaman una dirección nueva en las actividades y energías del país, para enjugar tantas lágrimas vertidas, para cicatrizar tantas heridas sangrientas, para cerrar tantos abismos abiertos, para llamar tantos obstáculos levantados á la regeneración y á la reconstrucción de un pueblo que se siente fatigado de la lucha, cansado del combate, agotado por el sacrificio.

A eso tienden las negociaciones que por fin se ha decidido á entablar el señor Sagasta. Arrastra á la guerra contra su propia voluntad, jefe de una situación que él no había creado, enfrente de una crisis que no pudo evitar, convencido al fin de lo inútil y estéril de todas sus tentativas.



Don Carlos de Borbón, Duque de Madrid,
PRETENDIENTE A LA CORONA DE ESPAÑA



La Princesa Maria de Rohan,
ESPOSA DE DON CARLOS

para contrastar y vencer á un enemigo superior, se decide á pedir la paz, después de las catástrofes por tierra y mar en Cavite y en Santiago de Cuba.

¿Que, hay que hacer nuevos sacrificios? ¿que, no debe esperarse nada de un enemigo victorioso? ¿que, ha de conseguirse poco de un pueblo nuevo que arroja osado el guante á las viejas monarquías? . . . Pues por eso; por eso hay que apresurarse á entablar las negociaciones de paz, para que las pérdidas sean menores, para que cese de correr ese río de sangre y de lágrimas que empapa el suelo español y salpica los hogares de luto; para que el territorio sufra menos dolorosas amputaciones; para que todas las energías latentes que quedan al país se dediquen con amor, después de tan dolorosa experiencia, á la alta y meritísima tarea de reconstruir toda una patria, de restablecer en sano equilibrio, después de las saludables enseñanzas de la pasada lucha, todo un nuevo estado social, político y económico.

Es llegado el momento supremo de las pruebas, ahora es cuando se va á ver en las clases directoras y en los partidos y fracciones políticas que se disputan el poder en la atribulada España, quiénes son los que se guían por sentimientos vinculados en el verdadero patriotismo, y quiénes se dedican impíos á medrar bajo la sombra de un falso amor patrio, empujados por torpes egoísmos.

X. X. X.

29 de Julio de 1898.

En Tierra Yankee

NOTAS A TODO VAPOR

CARNE

Muy temprano emprendimos el viaje; íbamos á ver lo más característico de este repentino y prodigioso emporio de los granos y de la carne; íbamos á ver los establecimientos de matanza de Armor & C.^o, uno de los excelsos emperadores de la manteca y del jamón; aquí en Chiago entra un río de maíz y sale convertido en carne de puerco (puesto que este grano es el alimento principal del risible y solemne animal condenado por el hombre al pecado capital de la gula)

Muy de prisa, tuvimos tiempo apenas de visitar el enorme Hotel Palmer, el gigantesco Auditorium: mis lectores creerán que soy pródigo en epitetos de aumento; la verdad es que los Estados Unidos en su conjunto y sus detalles, merecen los susodichos epitetos y no merecen otros. El Auditorium, más grandioso quizás, que los hoteles de primer orden de New York, con su teatro que puede contener algunos millares de personas, carece del supremo lujo de confort artístico del Waldorf, que está á punto también de tener su teatro y cuyo jardín es ya uno de los centros de reunión del New York elegante.

Nuestro amable *cicerone* quería que visitáramos el edificio en que se halla el palacio de justicia: no quise. Cuando pienso en la ignominiosa *caserna* que en Méjico llamamos "Palacio de Justicia" no me quedan ganas de hacer comparaciones en detrimento de mi equilibrio biliar.

El cielo seguía gris; atravesábamos una especie de atmósfera de agua porfirizada, reducida á impalpable polvo que no ocultaba los edificios, que sólo los esfumaba en las aristas elevadas, en los balaustres de las cornizas y los remates de las mansardas. El lago acostado á nuestra izquierda, sin un sollozo, sin un murmurio escamado levisimamente de plata pálida, nos enfriaba con su aliento húmedo; un barco dibujaba su fantástica silueta en la neblina del horizonte.

Entramos por un largo viaducto de madera desde donde dominábamos los campos que por aquel lado limitan la ciudad, convertidos en vastísimos tableros en cuyas casillas acotadas por recios travesaños de palo, se clasifican diariamente millares de reses.

A ciertas horas del día toman éstas el camino de las galerías puentes que nosotros seguimos en aquel momento y penetran en el matadero; todo está muy limpio, lavado y restregado á porfía, pero todo permanece resbaloso, grasoso á fuerza de sangre y unto derramado por doquiera; un tufo de estiércol, de carne viva y de animal muerto se cuele por las vías respiratorias y determina desde aquel momento hasta la vuelta al aire puro un estado de náusea contenida que no tiene nada de paradisiaco.

El escenario de los primeros pasos de esta roja y hedionde tragedia, es muy poco complicado; un alto envarillado de hierro que recorre los cuatro lados de una pieza que tendrá cuatro ó quinientos metros cuadrados; de las varillas cuelgan en argoilas, para que puedan correr sin tropiezo é incesantemente, sendos garfios de hierro. A un lado la entrada de las reses que se precipitan en una especie de estrecha canal de madera; á un lado de esta canal funcionan dos ó tres hombres fuertemente musculados y armados de mazos de hierro, pasando por un pavimento pegajoso de sangre y baba; subimos á un balcón desde donde se domina toda la escena.

Entran las reses, encájnanse solas, reciben sendos golpes secos en el testuz y ruedan fulminados, por un plano inclinado de donde, atadas rapidísimamente por las patas traseras, son enganchadas y levantadas á la altura de las varillas y allí quedan suspendidas, convulsas aún y con el hocico embadurnado de mu-

cocidad y sangre. Todo esto es momentáneo; cien ó doscientas reses son sacrificadas en algunos minutos y no bien se les ve izadas, cuando haciéndolas correr por las varillas quedan delante de los euehilleros: con un solo movimiento de esos artistas la yugación se verifica y dejando correr la sangre á negros borbotones de la enorme herida, las reseson empujadas á otra sección en donde, ya casi exangües, se les despoja de las vísceras en un santiamén, y luego son despellejadas por otro regimiento hediondo, y rojo y así llegan á la cuarta varilla en donde dividida en dos cada res y enjugada con enormes esponjas, baja del gancho á unos carros *ad hoc* que violentamente las llevan á los refrigeradores. ¿El suelo quedará convertido en un hacinamiento horrible de escombros animales? No; la limpia se verifica con singular presteza; la sangre corre por las canales del piso, las vísceras, las cabezas, las pezuñas, las pieles, son recogidas instantáneamente y llevadas á departamentos especiales en que todo se aprovecha; de la sangre se obtiene una substancia de que se hacen objetos semejantes á los de goma laca, con los vellos de las pieles se hacen pinceles, y las pieles, la materia córnea y las pezuñas de los carneros van al Japón y todos los intestinos y todo, todo se utiliza. El ingenio de este pueblo para dividir el trabajo y para obtener de la industrialización de un producto natural el *maximum* de rendimiento es pasmoso.

Mis compañeros se empeñaron en verlo todo; yo que tengo una evidente vocación al martirio con tal que se pueda ir á él cómodamente, es decir, que yo quizás subiría al *Ca. vario* si pudiera hacerlo en funicular, me dejé guiar. Fuimos, pues á ver matar algunos centenares de carneros; pobres víctimas, con sus grandes ojos humanos, llorosos, resignados; era aquella una degollación de inocentes, de símbolos de la inocencia, yo tenía ímpetus de romperles la cabeza á sus herodes. Luego penetramos en otro matadero, el de los cerdos, el negocio supremo en Chiago ¿no le llaman *Porcopolis*? ¿No es la tierra del jamón y de la trichina?

Tristes animales, mueren sin dignidad, mueren en caricatura; sus chillidos, después del silencio de los otros sacrificados, irrita; sus actitudes, su fisonomía, por decirlo así, son cómicas. Y luego cuando se les ve pasar en una cadena sin fin por las canales llenas de agua caliente con unas figuras furiosamente ridículas, para ser *epilados*, primero, y despellejados después, la risa se vuelve carcajada. ¡Qué injusticia! Era la nuestra una risa que tenía algo de lúgubre y nos dejaba descontentos de nosotros mismos.

Después visitamos los departamentos en que doscientas muchachas, hermosas algunas de ellas, hacen paquetes de picadillo que olía muy bien y á mi me produjo náuseas. En seguida vimos hacer mantequilla con aceite animal, —margarina— y un poco de crema. De la colicación de estas grasas resulta la mantequilla que comen las tres cuartas partes de los yankees y que están comenzando á hacernos comer á nosotros. Es infame; cuando al calor de la boca se líquida, se siente que es aceite; es una iniquidad. Yo decía para mi coletito: con su pan se lo coman, y juré no volver á comer mantequilla en los Estados Unidos, y lo cumplí. Pasamos por los refrigeradores, inmen-

sas catedrales de carne formadas de diez ó doce naves cuyos rojizos, calados muros están hechos de millares de mitades de reses colgadas en interminables hileras, bajo un frío polar; nos enseñaron un trozo de carne incorrupta que tenía veí te años. Tiritando, estrangulado el estómago por el horror y el asco, impresionado por el tono neutro de muerte industrial que allí reinaba, pensando que la premisa obligatoria de todo jamón sabroso era el martirio de uno de esos gordos y ventrudos personajes, cuyo risible martirio acababa yo de presenciar, salí del matadero, dejándome referir que en esa sola casa de *Armor and Co* se habían matado ese día cinco mil cochinos y pueden matarse diez y seis; tres mil cuatrocientos carneros y siete mil doscientas reses. Supe también que los ochocientos ó mil obreros que allí trabajan ganan diez ó quince centavos por hora, que las rayas y gastos suben á 120,000 pesos mensuales y otras cosas que he olvidado; mi memoria no tenía en aquellos momentos su plasticidad acostumbrada.

**

Toda la ciudad me parecía hecha de carne grasosa y sanguinolenta; cuando en los aparadores de las tiendas de comestibles ó en las puertas de los *restaurants* veía yo, y esto se ve á cada veinte pasos, un gran carnero desollado, purpúreo, rico, en tornasoleados músculos envueltos en su aponeurosis, gruesa malla de adiposidad muerta, me invadía un asco inefable. Mientras mis compañeros, bajo la hábil dirección de Berriozábal, comían copiosamente en un inmenso salón cuyos muros y techos eran espejos, yo tuve que circunscribirme á una taza de té y á una indefinida repetición del valsecillo de moda, tocado por una or-

**

Pensando en estas cosas semi-tristes, entré en un café cantante (llamémoslo así.) Abajo había una gran cervecería en que entraban y salían alegremente muchas señoritas que ahí desembarcan de todos los continentes, sabiendo que Chicago es uno de los principales mercados de carne del mundo.

En aquel teatro asistimos á unas *tandas* divertidísimas; en primer lugar porque no había cantos de negros, capaces de sugerir el suicidio con su monotonía zoológicamente melancólica. En segundo lugar porque en vez de cantos negros, escuchamos cantares irlandeses.

Nos parecieron llenos de melancolía ardiente, dignos del país del arpa; dignos de la isla verde; dignos del verde mar; y los bailes! Tan simples, quiero decir, tan sencillos, tan inocentes, como bailes de niños, encantadoramente insípidos ¡qué bonito todo esto! Yo tengo una gota de sangre irlandesa en las venas y aquella gota me tiñó de irlandés toda la sangre al oír esos cantares y, al ver á las cantadoras, dos de ellas, sobre todo, eran por la armonía perfecta de las líneas, por el color suavísimamente rosado de la piel y del cabello, por la profunda obscuridad de los oceánicos ojos azules, verdaderos tipos de belleza. Esta raza céltica hace más fina y más poética, digamos, á la raza sajona cuando con ella se mezcla, y aquí en los Estados Unidos crece y se multiplica con tal vigor, que acabará por absorberse toda la savia del árbol sajón, ó la mitad de esa savia; la otra mitad corre de cuenta de los alemanes. Ya verá Inglaterra un día, lo que de todo esto resultará; Irlanda está destinada á ser la *cuestión de Cuba* de mediados del siglo próximo,

Ofelia ó con el pecado sentimental de Gretchen, no con este animalismo erótico de las regiones que el desierto lame con su lengua de fuego.

Dos muchachas siamesas simpáticas, risueñas, bestiales, de abultado estrapentin, como las hotentotas que llevan á la espalda á sus hijos parados, en verticalidad perfecta; maravillas de *esteatopigia*, cantaron también, acompañadas de guitarras primitivas, guitarras de la época cuaternaria, unas melopeyas lentas, lánguidas y opacas.

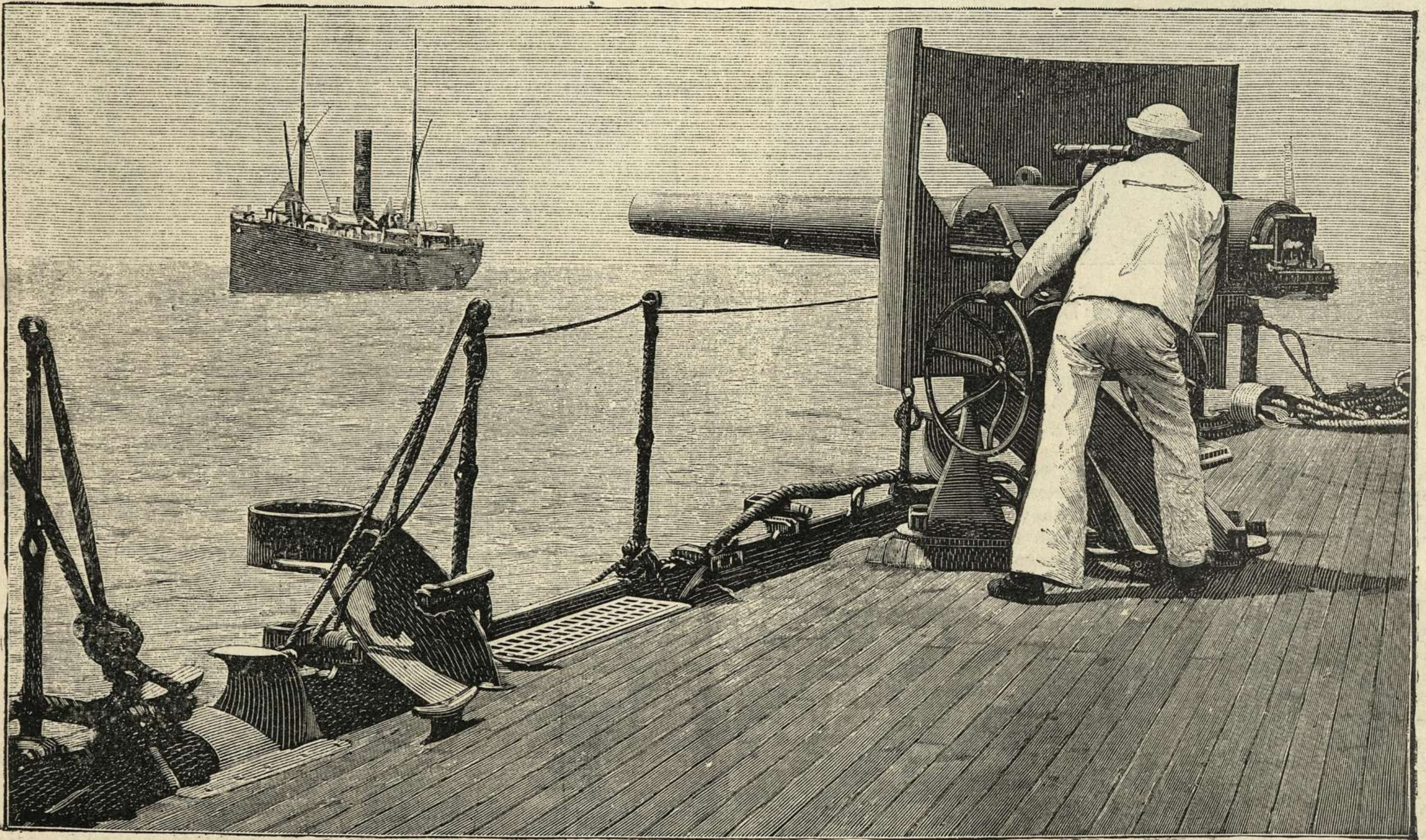
Tenían, desde medio muslo, las piernas y los pies desnudos, con unas ajorcas en los tobillos, capaces de servir de cintura floja á la menos esbelta de nuestras pollas. Y sin embargo, aquella pareja de paquidermos adolescentes se movía con cierta graciosa agilidad sobre sus bases que parecían atacados de elefanciasis. Hondamente fastidiados, cansados y enervados, abandonamos aquel lugar.

**

De focos como estos irradian las líneas negras de una inmensa red de impureza cosmopolita que envuelve al Chicago nocturno.

Centenares, millares de sacerdotizas de la Astarté internacional, vagan entre la sombra ó se reconcentran en el bajo y pestilente tugurio negro ó en magníficos palacios del pecado, donde los opulentos retretes en que se sacrifica á todos los vicios en todas las formas, semejan fragmentos vivos del *Festín de Babilonia* de Rochegrosse.

Un joven médico americano que ha estado en Méjico y que nos acompañaba á nuestro hotel, nos detallaba los ritos de estos nefandos cultos y que sería



EN UN PUERTO FORTIFICADO.—BUQUE MERCANTE DETENIDO

questa más ó menos italiana ó húngara, flanqueada por un místico *harmonium*. Hubo algo menos monótono por fortuna: un grupo de jóvenes de la flamante Universidad de Chicago invadió el restaurant armados de pintorescos garrotos con moños del color distintivo de éste, que será un plantel maravilloso, y cantando en coro no sé que breve, gutural y jocoso estribillo; se sentaron en derredor de una gran mesa y se dispusieron á comer alegremente; aquellos muchachos, á pesar de ser sajones, tenían la sangre efervescente como los vinos espumosos; no hay mejor Champagne que la juventud.

Las grandes Universidades hoy en plena actividad aquí y las en formación de Chicago y San Francisco, cuyos egresos superarán á cuanto gasta nuestro gobierno en la Instrucción Pública, pondrán rápidamente á los Estados Unidos en la categoría de los grandes pueblos creadores de civilización. Adquiriendo como estribillo eso de que el pueblo americano es un pueblo esencialmente práctico, queremos decir que los *yankees* desprecian todo cuanto es teoría y ciencia pura ó encumbrada filosofía. Error inmenso; los centros de enseñanza superior entre nuestros vecinos, son laboratorios tan admirablemente dotados de instrumentos de progreso intelectual que estos diablos de hombres que lo ambicionan todo y todo lo logran, que en el siglo futuro el centro de gravedad de la elaboración de la Teoría, será probablemente norteamericano. Cuando tendremos nosotros no ya una universidad de Chicago, sino una escuela superior, una sola!

En segundo lugar una orquesta árabe dejó oír sus expresivas y desapacibles inarmonías; no sé para qué las dejó oír; esa música debía siempre ser subjetiva, existir en el fuero íntimo, como los casuistas decimos, y allí permanecer inviolable y muda. Acompás de aquellos agrios atabales y roncás guzlas empezó á moverse una mujer, lentamente primero, en girada rapidísima después y al fin vertiginosamente, en que casi no se veía la figura y sólo se advertía el movimiento; cuando la joven rotatoria terminó su danza inverosímil nuestra situación era imposible, estábamos contagiados, nuestros nervios habían llegado á una tensión dolorosa, íbamos á ponernos á bailar también, nos explicábamos las rondas prodigiosas de los derviches en las mezquitas de Oriente.

Vino luego el *cuchi-cuchi*, la famosa danza del vientre, bailada ó expresada, diremos, por una egipcia de grandes ojos urentes, negros como un brasero del infierno. de gran boca roja, á manera de herida abierta, y espantosamente sensual sobre la dentadura de marfil africano. A compás de un rítmico movimiento de caderas, el vientre desnudo comienza por plegarse en ondas concéntricas y acaba por verdaderas gesticulaciones convulsivas que le daban un siniestro aspecto de mascarón de fauno epiléptico; no he visto nada ni más curioso ni más horrible. A seguida una blondina y enjuta americana se presentó á hacer lo mismo, y á pesar de sus abominables contorsiones no logró sino hacer reír; era la caricatura odiosa y repugnante del *cuchi-cuchi*. No, los cabellos rubios no casan, sino con el sensualismo inconsciente de

imposible transcribir, ni en latín siquiera. La civilización tiene sus inmensas cloacas á donde va todo lo que ella triturada, desorganiza y defeca, para hacer la dicha precaria de unos cuantos grupos selectos; es el sistema de *tout à l'égout*. En ese albañal florece, hija de la miseria y de la noche, la espléndida flor negra del vicio.

JUSTO SIERRA.

La escuadra del Almirante Cámara

La última flota de guerra que posee España, la del almirante Cámara, encaminóse hacia Manila á fines de Junio por la ruta del Canal de Suez para volver en seguida á las costas españolas desistiendo de su remota expedición.

Dos veces pagó la flota los derechos de portazgo en el canal, que ascendieron á \$320 000 duros, oro, con los que se gravó inútilmente el Tesoro de España.

Parece que hubo en Madrid algunas vacilaciones sobre el destino que debía darse á esa flota y que las opiniones anduvieron muy divididas: el hecho conocido para todos es que tras de algunas aventuras curiosas que en seguida reseñaremos, la flota de Cámara regresó á los puertos patrios, abandonándose definitivamente por el gobierno español todo plan de ataque naval contra los americanos en aguas asiáti-



Dulce reclamo

cas ó americanas. Tal vez los rumores de la expedición de Watson al Mediterráneo dieron consistencia al plan de una defensa bien organizada que hubiera sido imposible si se distrae la única escuadra hábil antes del desastre de Cervera y la única en términos absolutos, después de la batalla del 3 de Julio, para enviarla á alguna de las colonias amagadas, desamparando la metrópoli.

El 26 de Junio último, á las 9 de la mañana, el vigía de las oficinas de la Compañía del Canal de Suez en Puerto Saïd, anunció el arribo de los doce navios del Almirante Cámara: inmediatamente que se supo la nueva, la multitud ansiosa de acontecimientos extraordinarios, invadió los muelles presenciando el desfile de la escuadra El Pelayo con el pabellón almirante amarró el primero frente al consulado de España, el Carlos V venia en pos de él y se dirigió al Cherif; él Patriota, el Buenos Aires, el Audaz, el Rápido, el Colón el Proserpina, el O.ado, el San Francisco, etc., etc., fueron tomando los lugares más convenientes en el puerto.

El recibimiento que se hizo á los marinos españoles fué cordial. A eso de las cuatro de la tarde la música Internacional, bajo la dirección del maestro Portirli, tocó la *Marcha de Cádiz* en medio de la multitud que se amontonaba frente al consulado de España y que aplaudía frenéticamente. Sin embargo á las cinco corría ya el rumor de que habían surgido dificultades entre el cónsul de España y el gobierno del Khedive sobre el aprovisionamiento de carbón de la flota.

La policía estaba sobre las armas, aprestándose para impedir *manu militari*, que las casas de comercio vendiesen carbón á la escuadra. Los únicos depósitos de combustible en Puerto Saïd están en poder de Worms y C.^a, Savon-Bazin, Wills y C.^a y de la Coal Compay; todas estas casas recibieron la siguiente circular.

Port Saïd, 26 de
Junio de 1898.

Señor: Tengo el honor de poner en conocimiento de usted que el gobierno de S. A. el Khedive examina en este momento si hay lugar á que se autorice el embarque de carbón para los buques de la escuadra española y se opondrá por la fuerza á que se les provea de combustible antes de que se haya tomado una resolución definitiva.

Soy, etc.

Hussein Oassif (firmado)

Esta circular escrita en términos de sobra enérgicos era tanto más grave, cuanto que fué redactada á consecuencia de un despacho en lengua árabe dirigido por el Ministro del Interior á S. E. Hussein Pachá Oassif, y que el Ministro del interior está bajo la dependencia casi absoluta de lord Cromer, es decir, de Inglaterra. Por último, en el veto del Ministro había una frase que caracterizaba el mensaje; la frase decía así: "Se le darán todos los elementos á la escuadra en caso de que vuelva á España."

En vista de esta actitud, el Almirante Cámara, por conducto del Consulado, elevó una solicitud al Gobernador General pidiéndole que le permitiera surtir-se de carbón, y como no se accediera á lo que deseaba, tuvo que hacer su embarque de combustible en alta mar valiéndose de mil arbitrios.

Hubo algún incidente diplomático con motivo del paso de la escuadra y de su estación en Puerto Saïd y Suez. Según las capitulaciones khedivales no puede comunicarse á los europeos ninguna orden sino por conducto de sus respectivos cónsules y en el caso, Hussein Oassif, obediendo instrucciones precisas hizo á un lado esa disposición, lo que motivó una protesta del Cónsul de España.

Una vez que la escuadra hubo pasado el canal rumbo al Oriente, hizo estación



LA CLASE MEDIA EN EL CAFÉ COLÓN, PASEO DE LA REFORMA

en Suez, recibiendo allí órdenes terminantes para que abandonase el puerto dentro de las veinticuatro horas, y por ningún motivo hiciese carbón en aguas sujetas á su autoridad

Ya en otras ocasiones hemos hablado de la escuadra de Cámara, de sus unidades de combate y de la fuerza naval que representan. Con ella iban cinco transportes, antiguos transatlánticos de la española, que conducían á bordo fuerzas de tierra destinadas á unirse á las del Capitán General de las Filipinas.

NUESTROS GRABADOS

El General Nelson A. Miles.

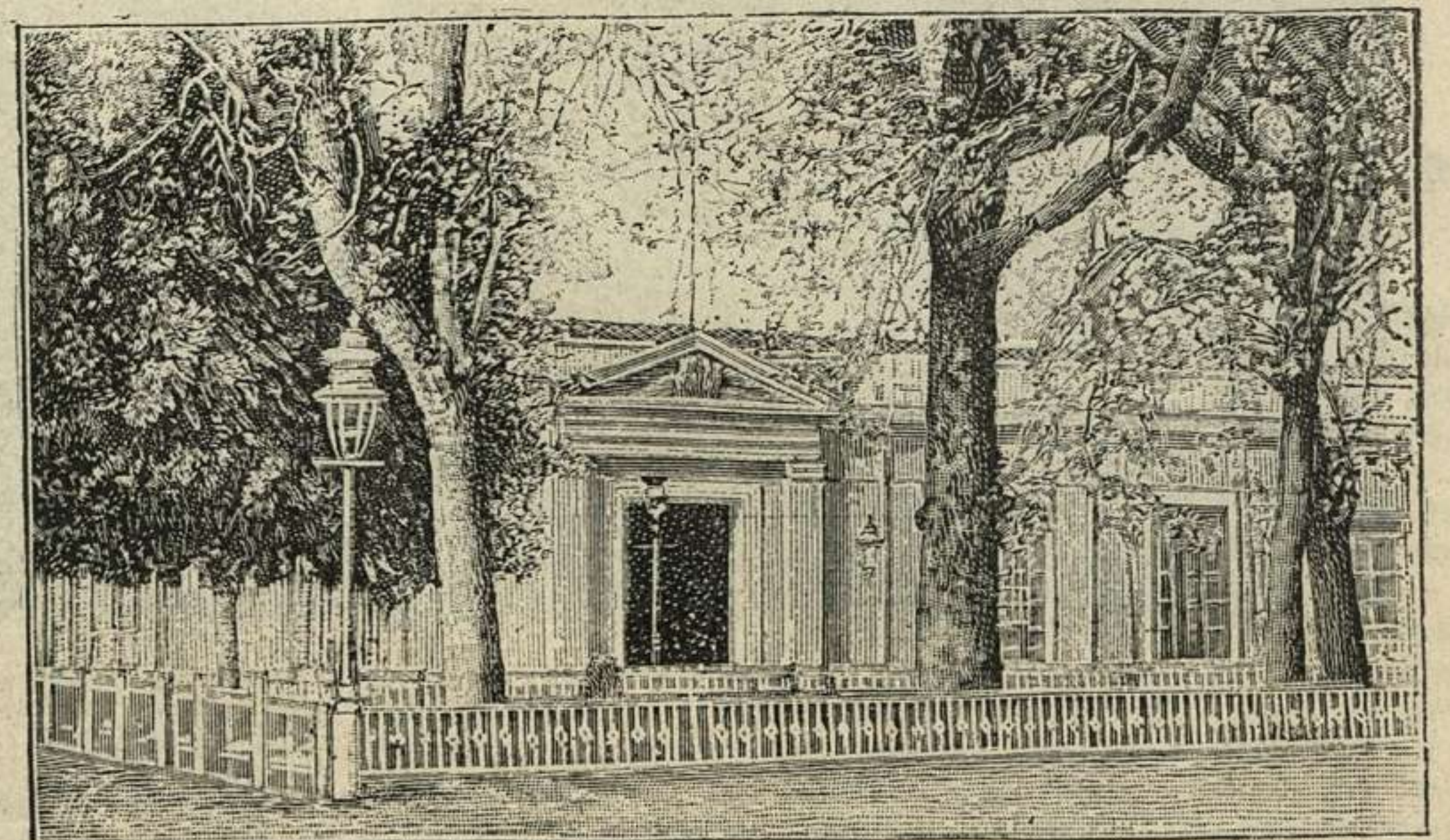
Desde los primeros anuncios del conflicto empezó á sobresalir la figura de este veterano de la guerra separatista, jefe de los más distinguidos del ejército norte americano que por orden de antigüedad en el servicio, no menos que por propios méritos y una dedicación asidua á su carrera, llegó á ocupar el puesto de Generalísimo de las fuerzas de tierra de aquella República.

Manda actualmente la expedición de Puerto Rico en donde sin duda, á juzgar por el sesgo diplomático que va tomando la cuestión, poco tendrá que hacer como soldado el General Miles y mucho acaso como organizador si la isla que ha invadido en son de guerra pasa por un tratado de cesión á poder de los Estados Unidos.

Una de las revistas mensuales de mayor crédito y circulación, publicó hace pocas semanas un estudio del General Miles en el

á todo apetito que la desvirtúe ó contrario sus fines.

Don Carlos ha sido un calavera y aun en Venecia hizo figura como Tenorio, contrastando singularmente su conducta con la de su primera esposa la austera y noble princesa Margarita de Parma. Viudo, se casó con una hija de la orgullosa casa de Rohan, cuyo lema es "No puedo ser rey; desprecio la dignidad de Príncipe; soy un Rohan." Joven, bella y altiva la esposa de Don Carlos, es tal vez demasiado altiva para que sus hijastras no vean con disgusto á la que deben acatar como madre creyéndose superiores á ella en alcurnia. ¿Deriva de este sentimiento la resolución fatal de Doña Elvira, y hay que atribuirle el origen de la aventura toscamente ridícula de la hija de Don Carlos? El pretendiente á la corona de España no quiso, á lo que parece buscar explicaciones ni paliativos; y para condenar enfáticamente á Doña El-



SANTIAGO DE CUBA—PALACIO DEL GOBERNADOR



PROFESOR D. CARLOS J. MENESES

vira, repartió esquelas de luto anunciando la defunción de la culpable.

Pero ni este escándalo, ni los que él ha dado á diario durante tantos años, llenando de anécdotas los periódicos del mundo entero, desvian á este ambicioso de sus sueños autocráticos que ofenden la cultura de España como la ofendería un asalto político capitaneado por musulmanes.

Afortunadamente más de uno de esos representantes del derecho divino figuraría al lado del novelista Cristian de Iliria, tipo acabado y cómico del soberano sin corona y sin el prestigio del mérito que reclama nuestro siglo á todos los que pretenden gobernar pueblos.

Desde el fuerte

La elocuencia de los artilleros es de las que más se insinúan. Un cañonazo de aviso, ¿no se detiene el buque? se le dispara otro con puntería más próxima al blanco, y otros más que lo destruirán si la desobediencia del buque mercante no cede ante tan significativas demostraciones.

Dulce reclamo

En más de una ocasión habrán observado nuestros abonados que las ilustraciones artísticas de este semanario aunan al mérito real de las obras que les sirven de modelo una cualidad que las hace doblemente valiosas en una colección destinada á los hogares.

Casi siempre buscamos esas escenas de interior en las que todo es gracia, sonrisas juegos infantiles. La preciosa niñita de nuestro grabado no puede ser más interesante y adorable: esa niña es la infancia candorosa, la vida del corazón en sus revelaciones aurores.

La clase media en el café Colón

Entendámonos en cuanto al término para conocer lo que designa. ¿Qué clase social es la que aquí llamamos clase media?

En lenguaje serio de prensa ó de academia la clase que vive entre la que blasona títulos ó posee millones arriba de ella y la que subsiste penosamente con el producto exíguo de su trabajo personal abajo, esa es la clase media; es decir, esa masa activa, laboriosa, inteligente, previsora y rica si no opulenta: la de los propietarios modestos, la de los profesionistas, funcionarios, industriales etc, etc. En lenguaje corriente llamamos clase media la de los inclassificados que no visten chaqueta pero que no saben llevar bien puesta la levita; la de las niñas cuyo sombrero denota falta de recursos pecuniarios y de gusto para aderezar adornos; la de la matrona solemne que habla de Echegaray y entiende difícilmente á Pérez Escribá.

De ese mundo son los tipos y á él debe referirse la escena de nuestro grabado, reproducción del Café del Paseo en uno de los días de Carnaval.

El Maestro Meneses

"Un supremo artista que ha llegado al más alto grado de la estimación de los amantes de la música; uno de los pocos sostenedores del arte en nuestro país."

La presentación que hace el gran pianista de sus discípulos en el local de la Cámara de Diputados, ha demostrado que el Sr. Meneses es un *Maestro*, que ha hecho escuela y que es con justicia acreedor á la inmensa reputación que tiene su nombre en el mundo del arte.



LA GUERRA MODERNA—EMBARQUE DE CAÑONES

Si como oímos y admiramos á sus discípulos, pudiéramos escuchar su maravillosa, inspirada ejecución.....

Casa del Gobernador de Santiago

Pronto pasará, con el desenlace del conflicto Hispano-americano, el interés que despiertan los lugares en que se desarrollan los acontecimientos militares que hemos seguido paso á paso.

Antes de que acabe el último acto de la tragedia hemos querido reproducir aquí los sitios más importantes de la provincia de Santiago de Cuba, así como los edificios públicos y particulares que tengan especial interés:

Embarque de cañones.

La movilización de los ejércitos y del material de guerra es uno de los problemas más graves de la guerra moderna. La de 1870 maravilló al mundo por la prodigiosa celeridad con que puso Alemania un ejército sobre el campo de batalla, movilizándolo con una exactitud de concepción y una ejecución tan mecánicamente precisa que en seis semanas no había un soldado fuera de su puesto estratégico.

El transporte de tropas y artillería por mar, centuplica las dificultades: nuestro grabado representa con pasmosa realidad el esfuerzo de ingenio y disciplina con que el hombre ha logrado vencerlas.

El paraíso en la tierra sería esto: los padres siempre jóvenes; los hijos siempre niños.

Victor Hugo.

**

En el mundo del alma, la segunda floración difunde más perfume.

Mauricio Paleólogo.



LA ESCUADRA DEL ALMIRANTE CÁMARA EN PUERTO SAID

CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

UN NUEVO PARARRAYOS

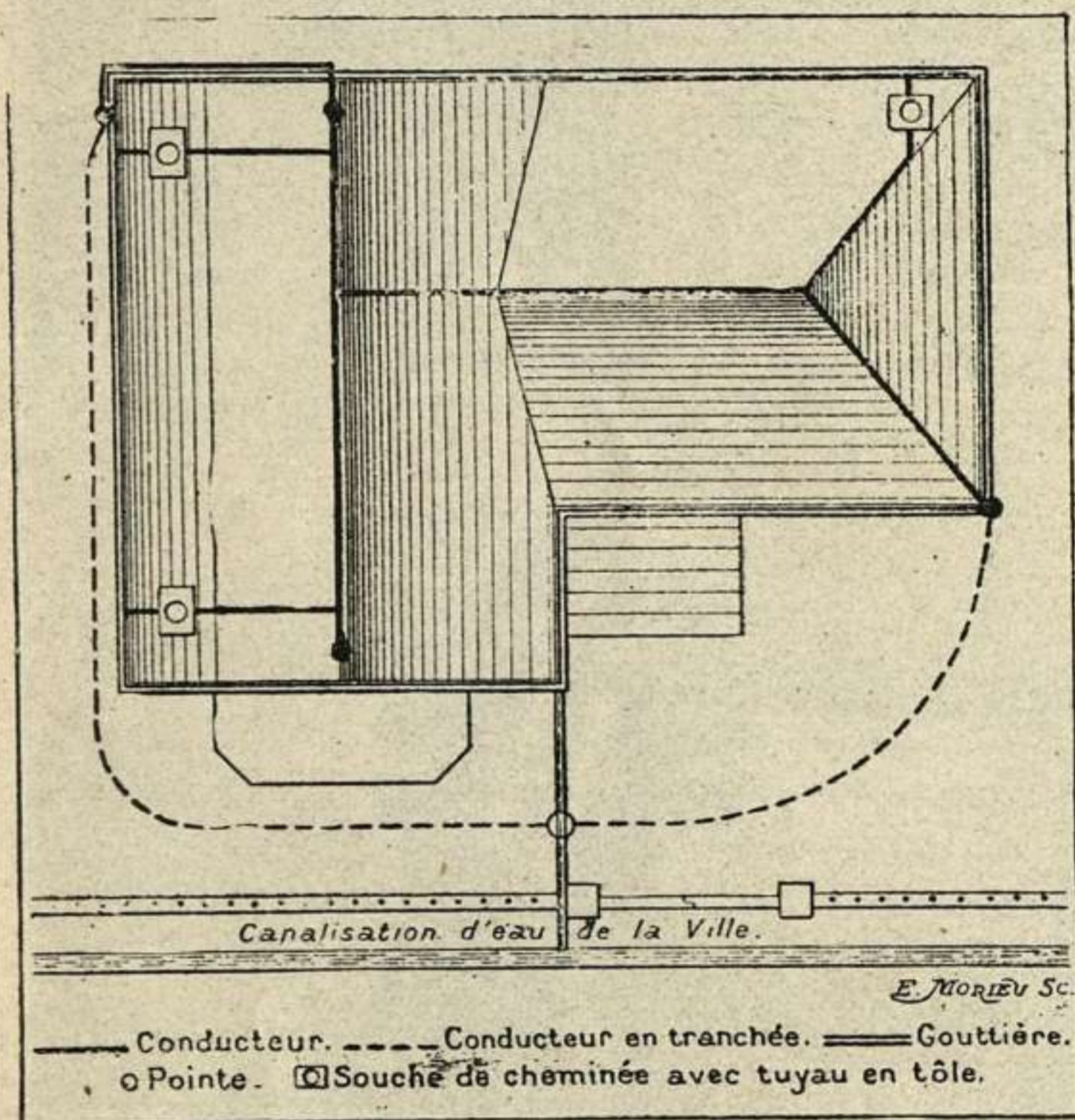
Estamos en plena temporada de lluvias. Algunas publicaciones científicas se han ocupado en las nuevas defensas inventadas contra las descargas eléctricas, y no creemos inoportuno resumir en pocas palabras el estado actual de la cuestión.

Créese generalmente que un pararrayos se forma de una varilla metálica de hierro ó cobre tan alta como sea posible, con su extremidad superior de platino, aguzada, y unida por buenos conductores á unas placas metálicas colocadas bajo de tierra para establecer la comunicación.

Resulta de esta disposición que si durante una tempestad ocurre una descarga eléctrica entre una nube y el pararrayos, la descarga seguirá el conductor, difundiendo en la tierra, á condición de que se hayan observado todas las precauciones necesarias.

Una creencia errónea, muy generalizada todavía, atribuye al pararrayos un espacio eficaz de protección comprendido en un cono de revolución con su punta en la del pararrayos, siendo su eje la varilla y su radio de base el doble de la altura del aparato. Una multitud de casos han demostrado palmariamente que esa hipótesis no se fundaba en ningún hecho cierto y estaba muy lejos de responder con exactitud á la realidad. No puede indicarse la distancia á que llega la esfera de acción de un pararrayos; es desconocida y depende de una serie de circunstancias inapreciables.

Las varillas de los pararrayos son pesadas, estorban y á veces son más peligrosas que útiles y casi siempre atraen las descargas atmosféricas. Si el conjunto del aparato se halla en buen estado, no hay que temer accidentes deplorables; pero si el conductor es débil, si está desprendido ó tiene soluciones de continuidad los peligros son gravísimos.

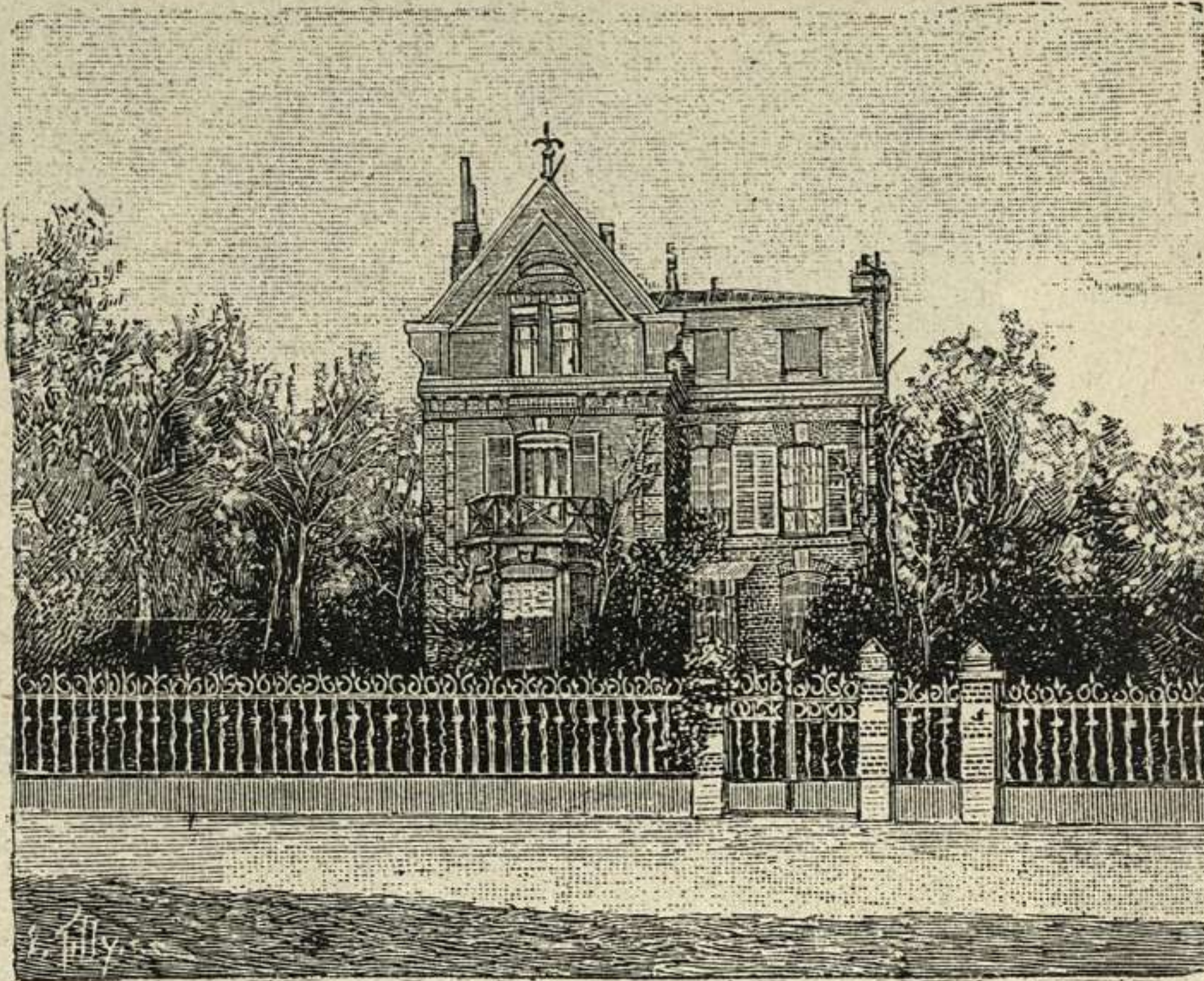


RED DE CINTAS DE COBRE INSTALADA EN EL TECHO

Las disposiciones tomadas por los más escrupulosos y acreditados constructores de pararrayos, suprimen por completo las grandes varillas, empleando puntas de pequeña longitud y uniéndolas entre sí por medio de láminas de cobre rojo, para hacer del edificio que quiere protegerse, una á modo de jaula. La armadura metálica constituye una pantalla que detiene todas las descargas eléctricas.

Inspirándose en las instrucciones de la Academia de Ciencias, algunos constructores han reemplazado las puntas agudas de platino, que eran malas por un cilindro de cobre rojo de cincuenta centímetros de longitud y cuya parte superior forma un ángulo de 15° con la vertical.

En nuestras ilustraciones aparece la vista general de una casa de los alrededores de París, provista del pararrayos Mildé. La figura muestra toda la red



UNA CASA CON PARARRAYOS MILDÉ

de cintas de cobre instaladas sobre el techo: las tres puntas están unidas entre sí y así mismo lo están á los conductores troncales de las chimeneas con tubos de palastro. También las canales metálicas están unidas al sistema en diversos puntos. Los conductores que bajan á lo largo del edificio en dos puntos opuestos se ponen en contacto con la canalización de aguas de la ciudad.

A este respecto recordamos que la Academia de Ciencias, en una memoria especial, reconoce que para realizar de la manera más prudente la mejor preservación de los efectos del rayo, es indispensable establecer buenas comunicaciones entre el aparato del pararrayos y todas las piezas metálicas de cierta importancia, tanto interiores como exteriores, conductos de agua, de gas etc. etc. En las ciudades la comunicación se obtiene en mejores condiciones en lo relativo á conductos de agua los que presentan grandes superficies metálicas, acarreado un volumen de agua considerable.

En la figura primera se ve en una chimenea, con un remate de 60 á 80 centímetros. Con las diversas disposiciones que acabamos de indicar, se asegura un paso fácil á la corriente, sin provocar descargas en las regiones superiores de la atmósfera.

Los conductores exteriores que comunican con el suelo la red instalada en el techo, deben ser objeto de cuidados prolijos y minuciosos, haciendo que presenten la mayor superficie y sobre todo una masa suficiente á fin de que resistan los efectos de fusión de las fuertes descargas. Muchos son, en efecto, los accidentes que han ocurrido por fusión de los conductores.

Emplease la cinta de cobre estañado de tres centímetros de anchura por dos milímetros de espesor. Estas cintas se fijan á los muros aprovechando las molduras y salientes de su superficie. Remata el pararrayos en tierra una espiral de 15 metros hecha con un conductor formado de un alma de cobre rojo estañado cubierto por una envoltura de plomo antimoniado. Tiene la ventaja de que no se oxida jamás, cualquiera que sea la naturaleza del suelo, y este es ya un avance de la mayor importancia. La altura de la espiral es de 8 á 10 centímetros; es posible en consecuencia establecerlo en el fondo de un pozo que tenga sólo de 15 á 20 centímetros de agua de nivel constante.

Diremos, para terminar, que las nuevas instalaciones son mucho más económicas que las antiguas de larga varilla y que desde hace algunos años todas las experiencias que se han hecho para probar su eficacia, dan resultados satisfactorios.

EL CAÑONERO "VESUBIUS"

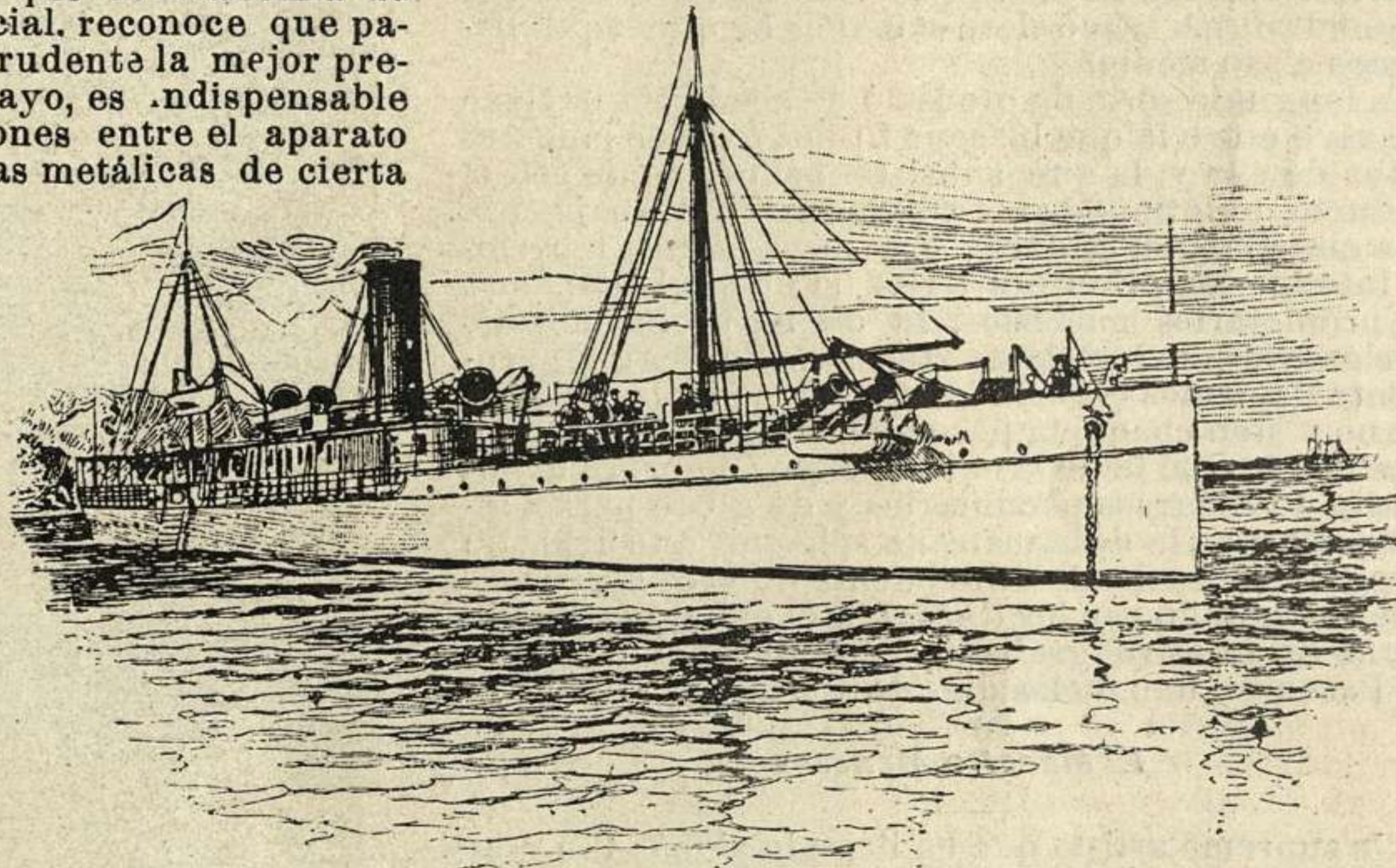
Desde que el "Vesubius" ha tomado una parte activa en la guerra actual, empleando obuses cargados con algodón pólvora y disparándolos con éxito contra las fortificaciones enemigas, se ha reconocido que el "Vesubius," como unidad de combate, es todo un éxito.

El calificativo "dinamitero" que se ha aplicado á este barco, es del todo erróneo, pues el "Vesubius" jamás ha arrojado proyectiles de dinamita. Fue construido para la defensa de los puertos y debió disparar obuses cargados con dinamita.

Es un barquito tan esbelto y gracioso como un yacht y más rápido que la mayor parte de esos barcos de placer.

Su velocidad es de 21 nudos, poco más ó menos 25 millas inglesas por hora. Tiene 250 pies de longitud, desplaza 950 toneladas y sus máquinas desarrollan 4 000 caballos de fuerza; cuando está descargado, cala 10 pies

11 pulgadas. Está armado con tres cañones de dinamita que son en realidad tres tubos fijos que salen del puente delantero á ángulo agudo; estos tubos miden 55 pies de largo por 15 pulgadas de diámetro. El corte longitudinal adjunto, muestra cómo están colocados estos cañones. Son fijos y no pueden ser desplazados en ningún sentido, de manera que, para apuntarlos, es



EL "VESUBIUS"

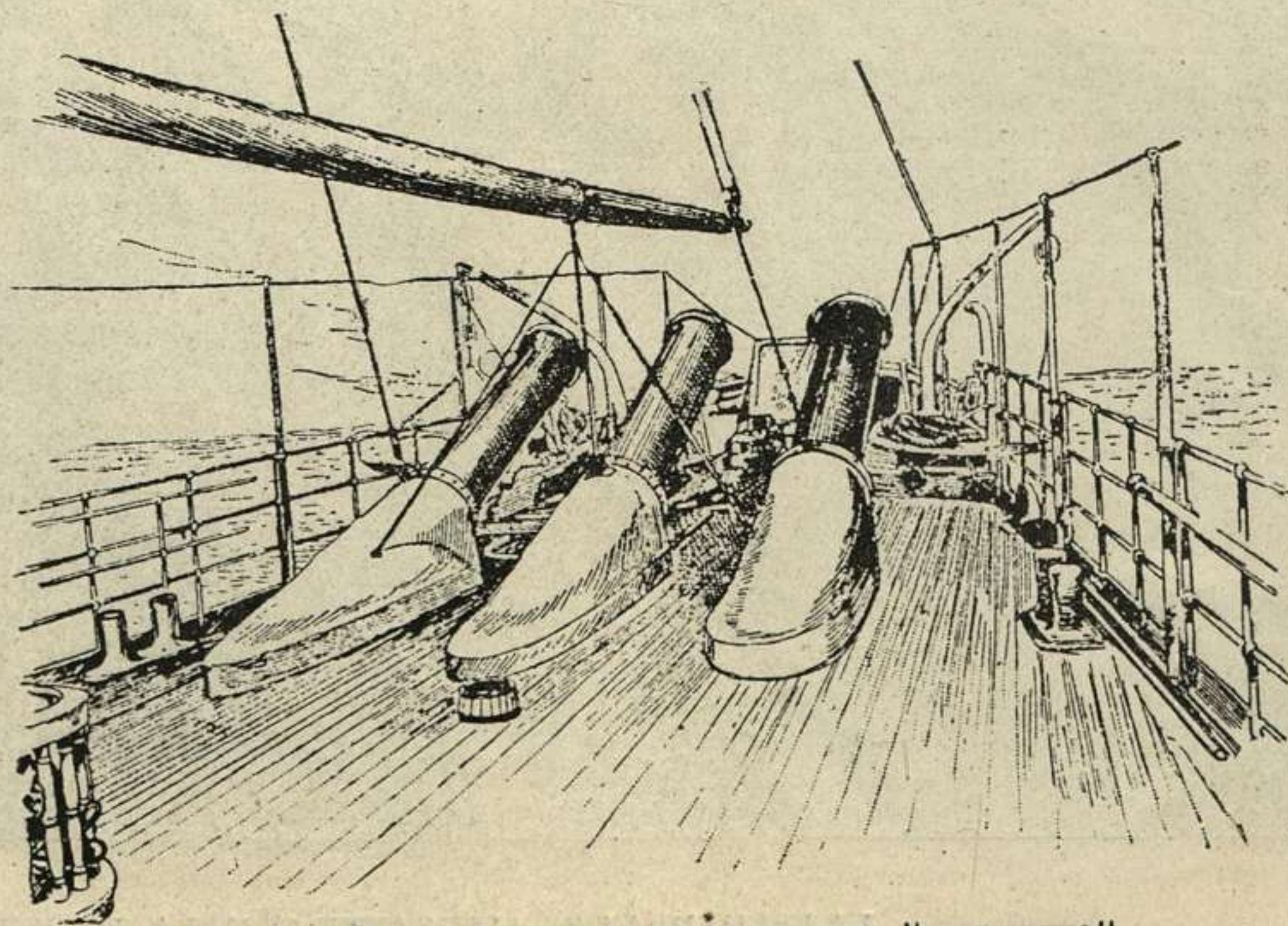
necesario mover el barco. Por esta razón sería difícil para el "Vesubius" hacer blanco en un objeto en movimiento; pero le es fácil, según se experimentó ya, hacer un eficaz fuego contra las baterías de tierra. Los proyectiles empleados en estos cañones son de 10½ pulgadas de diámetro y de 9 pies de largo, afectando la forma de un cigarro monstruo. Son huecos y la materia explosiva, ordinariamente algodón pólvora, de que están cargados, se inflama por un fulminante que estalla al chocar el proyectil contra un cuerpo duro ó por un mecanismo que puede ser regulado antes de hacer el disparo.

La fuerza empleada para disparar es la del aire comprimido; un manómetro fija la cantidad de aire necesario para lanzar el proyectil á la distancia requerida.

El disparo se hace por medio de palancas; el proyectil sube rápidamente á una altura de 300 pies y en seguida camina horizontalmente en perfecta línea recta y por fin desciende y da en el blanco.



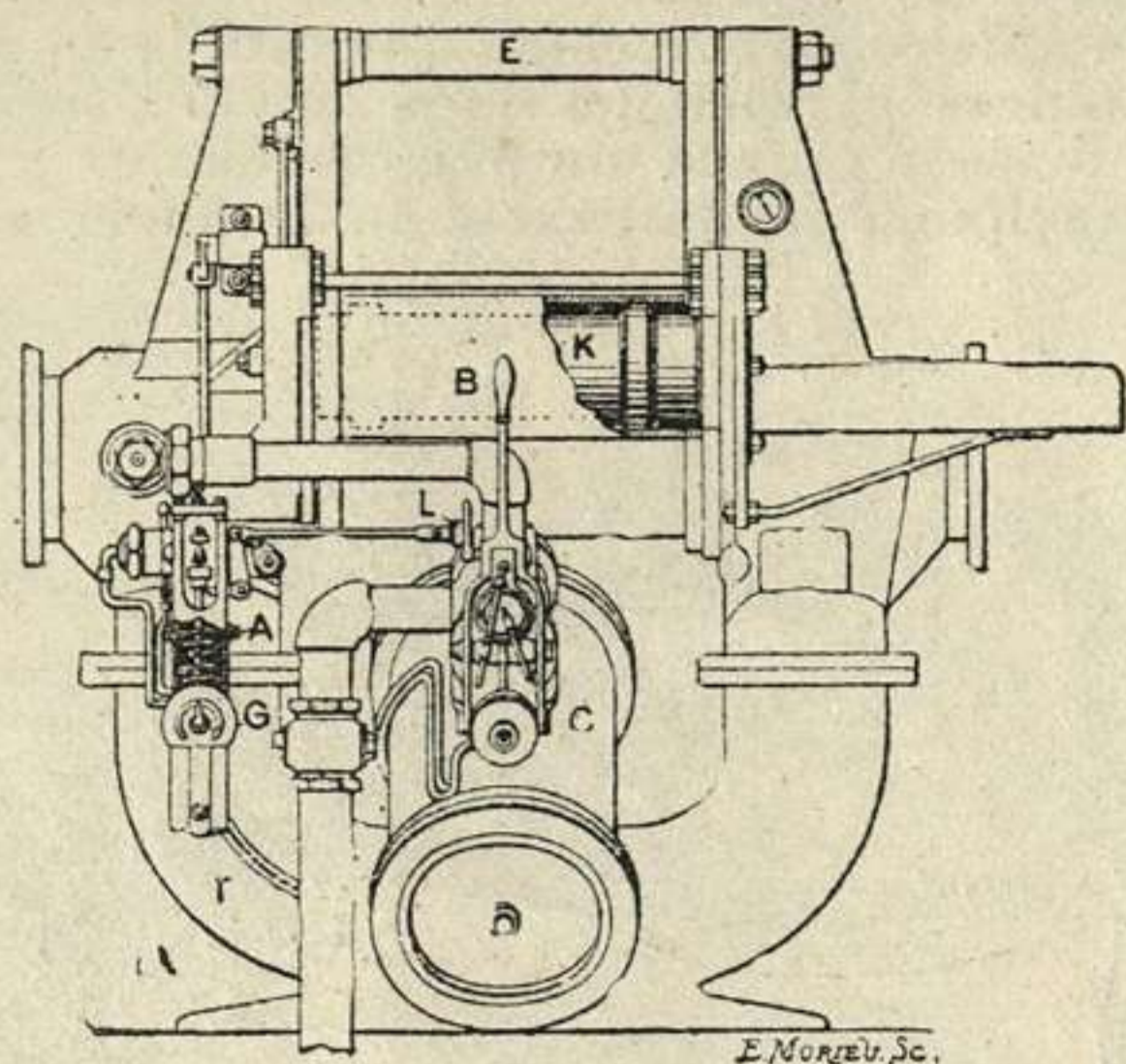
CÁMARA DE LAS MÁQUINAS



TUBOS CAÑONES SOBRE EL PUENTE DEL "VESUBIUS"

LOS TUBOS NEUMATICOS POSTALES DE NEW YORK.

Empleando audaz metáfora, designase en Paris con el nombre de *servicio telegráfico* el envío violento de cartas por medio de cilindros que se deslizan en el interior de un tubo bajo la acción del aire comprimido. No sin razón se queja el público de esos mensajes *neumáticos*, como se les llama actualmente, porque en relación al servicio postal ordinario no economizan el tiempo que se gana utilizando el telégrafo.



1-UN TRANSMISOR

No obstante, si la aplicación es poco feliz en el supuesto que se quiera reemplazar el telégrafo con el tubo neumático, en principio este género de transmisión de correspondencia es de lo más interesante y puede prestar grandes servicios para la acumulación de las cartas y bultos postales, en el centro de las ciudades extensas. Las piezas ordinarias, cartas y pliegos de t. da clase, que tan difícilmente se recoge de las oficinas secundarias para reconcentrarlas en una oficina principal y enviarlas a sus destinos respectivos, exigen para su transporte coches ó carteros que cuestan mucho y proceden con demasiada lentitud.

**

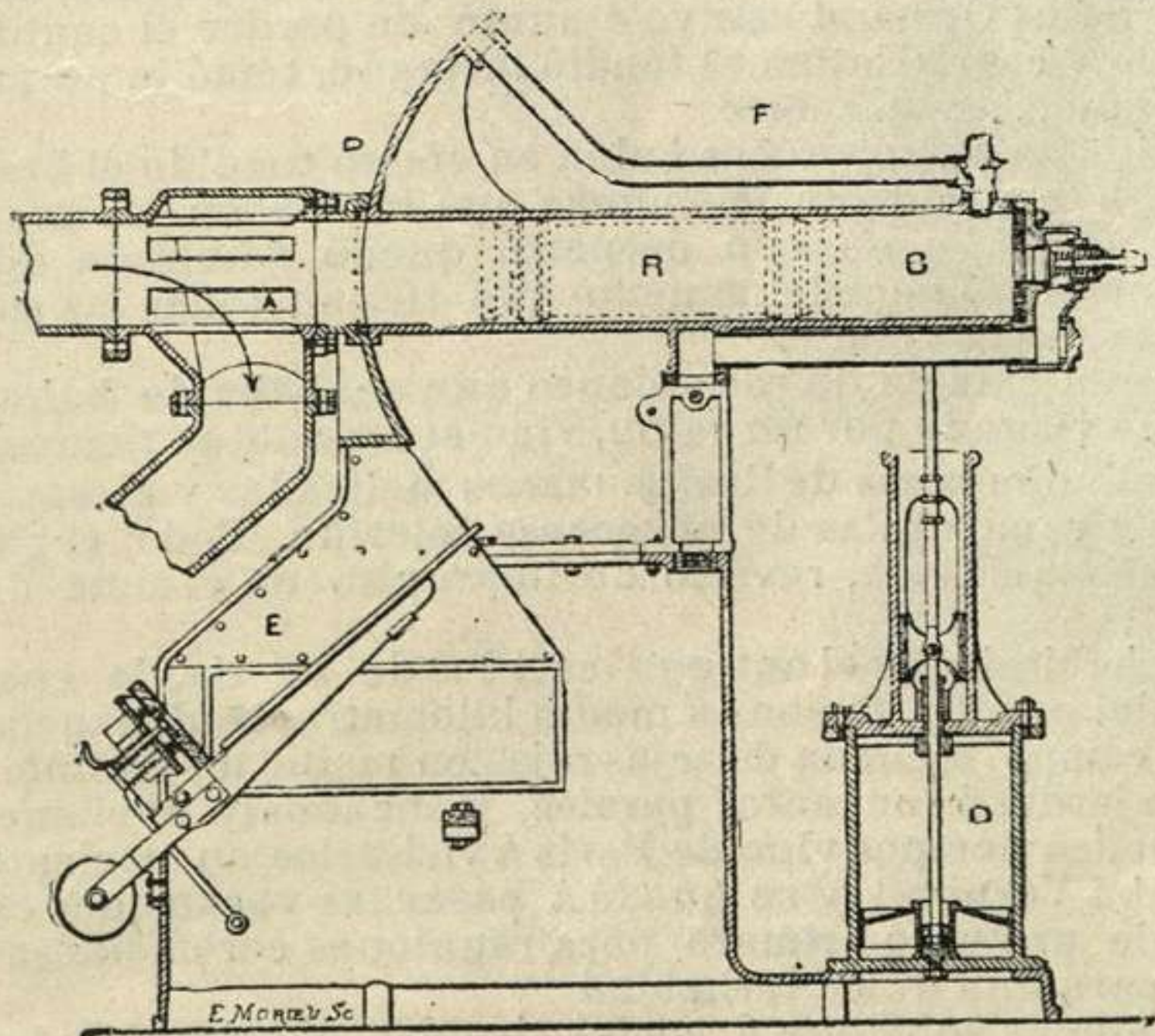
Es evidente que una instalación neumática de este género sería semejante á las que hay destinadas al servicio de cartas-telegramas en Paris, Londres, Viena, Lyon, Marsella, etc, etc. El tubo parte del compresor volviendo á él el otro extremo, de suerte que el aparato empuja y atrae á la vez un cilindro que recorre el tubo.

Esta idea á lo que parece data de dos siglos atrás, puesto que Dionisio Papin, en 1667 sometió un proyecto semejante á la Sociedad real de Londres; Van Estin, imaginó algo análogo á fines del siglo pasado, y Medhurst el año de 1810 llegó á proponer que haría el transporte de viajeros por un tubo neumático. En 1867 Beach instaló en New York una línea que debía recibir directamente las cartas depositadas en los buzones.

El año de 1893 se creó por primera vez un servicio completo de tubos postales en grande escala haciendo la instalación en Filadelfia la *Batcheller pneumatic Tube Company*, la cual estableció la comunicación entre la Oficina Central de Correos y la oficina colectora de Chesnut Street, distantes una de otra un kilómetro. Los tubos tenían 0m, 152 de diámetro y podían por consecuencia servir para un movimiento considerable de correspondencia.

**

El éxito ha sido posteriormente tan completo que cuando se autorizó á la *Tubular Dispatch Co.* de New York, para que estableciese un sistema análogo entre la *General Post Office* y algunas sucursales, se decidió copiar la instalación de Filadelfia. Por otra parte, el plan que se quiere ejecutar es realmente de grandes proporciones: tratase de un sistema de tubos que partan de la G. P. O. (abreviatura con que se designa la Oficina General de Correos, *General Post Office*)



2-UN RECEPTOR DE OFICINA SECUNDARIA

para dirigirse, por una parte á la extremidad sur de New York, *Exchange Office*, extendiéndose una rama pequeña hácia el este, y tres más grandes, casi paralelas, al norte, para el servicio de la inmensa península en que se asienta la gran ciudad norte-americana. Habrá, además, una línea especial que, pasando por el puente de Brooklin llegará al barrio de este nombre.

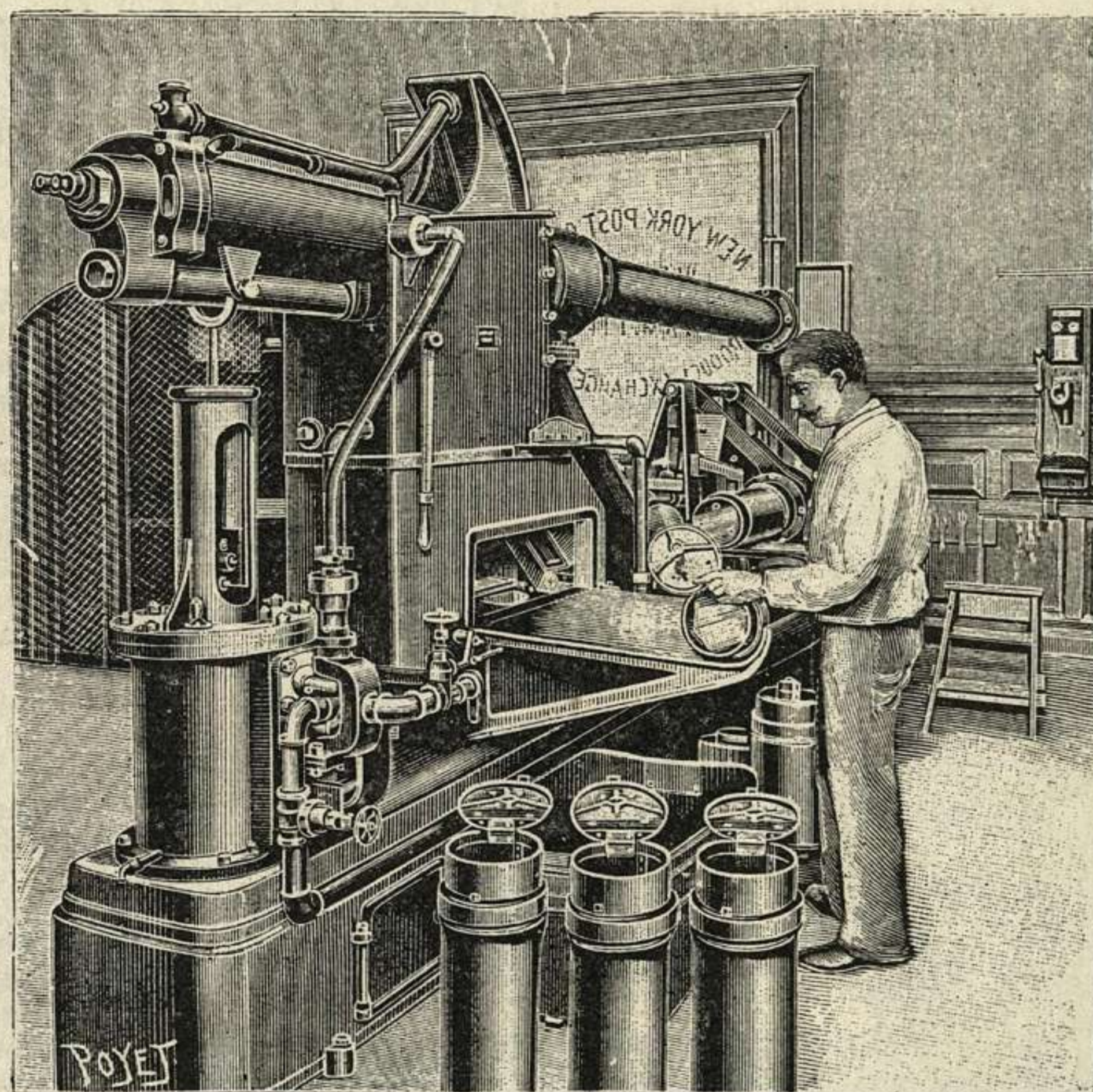
Ya están terminadas dos de esas líneas, la del *Exchange Office* y una del Norte que llega á la altura de la calle 42.

Los tubos tienen un diámetro de 203 milímetros; cada línea está formada por dos conductos que corresponden á los dos sentidos de la circulación hallándose fijos uno al lado del otro y á una profundidad del suelo de 0,91 á 2,24 para reunirse á las extremidades del trayecto como lo indica la figura *schemática* reproducida de la excelente publicación *Scientific American*.

Los cilindros conductores se mueven con una velocidad de 48 kilómetros por hora aproximadamente (haciéndose los envíos de correspondencia cada 12 1/2 segundos) por la canalización indicada en el *schema*, y según la dirección de las flechas parte el aire del compresor para volver á él.

El compresor *c* instalado en la Oficina Central envía el aire á *a* bajo una presión de 12 kilogramos por decímetro cuadrado en el tubo de lanzamiento: el aire se precipita con velocidad creciente y presión decreciente, reducida á menos de 20 kilogramos en la estación de arribo *B* de la oficina receptora; pero vuelve por el segundo tubo para llegar por último al receptáculo en que se efectúa la aspiración del compresor.

El cilindro es de acero de un espesor de 08 de milímetro; como en los servicios pneumáticos ordinarios, está provisto de dos anillos que aseguren su contacto íntimo con el tubo para impedir que el aire se escape,



4-OFICINA SECUNDARIA RECIBIENDO

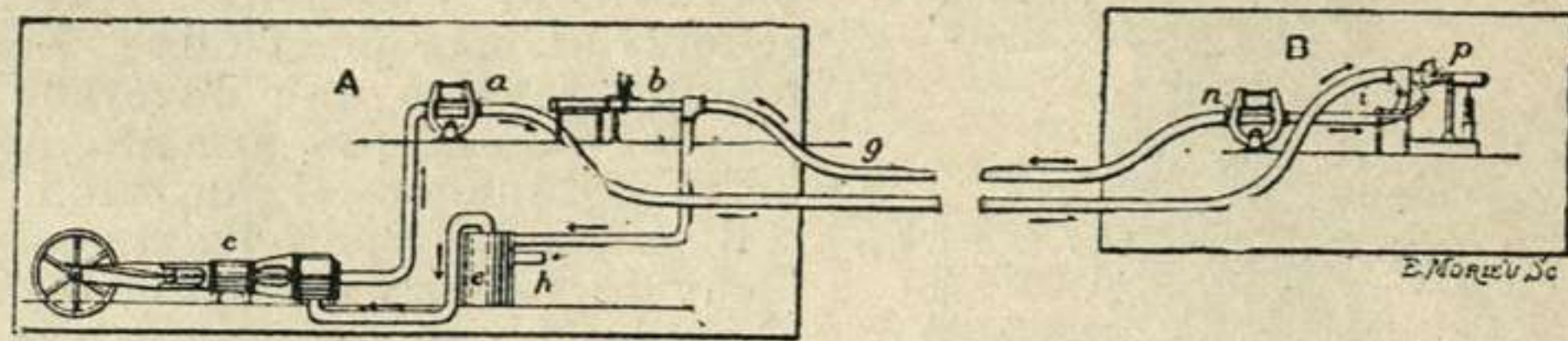
y por último la parte delantera se cubre con un tapón de fieltro y cobre que amortigua los choques á la llegada. Nada tiene de particular por otra parte, si no es su magnitud, pues debiendo ser de la mayor capacidad posible mide su longitud 51 centímetros. La tapa es de visagras y se asegura con un fuerte pasador; cuando no cierra bien, el cilindro no puede deslizarse por el tubo.

Como el aire circula constantemente por la canalización, necesario es hacer uso de aparatos transmisores y receptores para que á la partida se pueda colocar en el tubo el cilindro, ó quitarlo cuando llegue. Los transmisores designados con las letras *a* y *n* en nuestro *schema* son todos del mismo tipo. Dispuestos sobre el tubo pneumático tienen una sección móvil de dicho tubo la que se transforma, haciéndola oscilar en un eje horizontal *E*, en parte integrante del canal, pudiéndose también separar como si fuese un fragmento del tubo hecho con un doble corte de sierra. Las extremidades de la sección móvil están ajustadas de una manera tan completa que las junturas no dejan escapar el aire.

Regularmente el transmisor en la posición de espera no forma parte integrante de la canalización, el tubo receptor se ha movido hacia adelante mientras que dos láminas por un movimiento solidario, cierran los dos orificios libres de la canalización: el aire circula entonces por el tubo en forma de U marcado con la letra *F*. Cuando se haya deslizado un cilindro conductor en el tubo receptor y se quiera poner éste en línea con la canalización para que el aire empuje el wagoncillo, se moverá con la palanca *B* un cilindro pneumático inclinado *b*. La regularidad de los envíos que se hacen cada 12 1/2 segundos se obtiene por medio de un aparato re-

gulador *A* que maneja la palanca *B* mientras no ha sido arrojada por un pistón cierta cantidad de aceite, en el concepto de que el aceite tarda en salir ese tiempo justamente.

Examinemos ahora los receptores que permiten separar el cilindro á su llegada: difieren en la oficina central y en las subalternas. En éstas el cilindro llega velozmente á una sección de tubo *R*, que tiene dos veces su longitud, y que oscila sobre goznes coloca-



3-INSTALACION SEHEMATICA

dos en su parte media; el cilindro comprime el aire de ante de sí, lo que juntamente con una placa de resorte dispuesta *ad hoc* contribuye á amortiguar el choque, y cuando ha entrado al receptor el aire comprimido sigue pasando por los conductos *A* para volver al transmisor y terminar su ciclo. Por otra parte, la llegada del cilindro abre una válvula que impide la proyección de retroceso del cilindro mientras una parte del aire de escape pone en acción el pistón *D* que hace oscilar *R* de tal modo que el cilindro se deslice en *E*: el empleado puede apoderarse de él tanto más fácilmente cuanto que el platillo de contrapeso cae al choque, se coloca horizontalmente y presenta por decirlo así su carga al agente de servicio. Cuando el platillo vuelve á tomar su posición en 3 ó 4 segundos, todo queda dispuesto para otra operación como la descrita. Haremos notar que el tubo *R*, tiene en la extremidad una superficie curva *P* que cierra absolutamente la canalización cuando *R* se inclina.

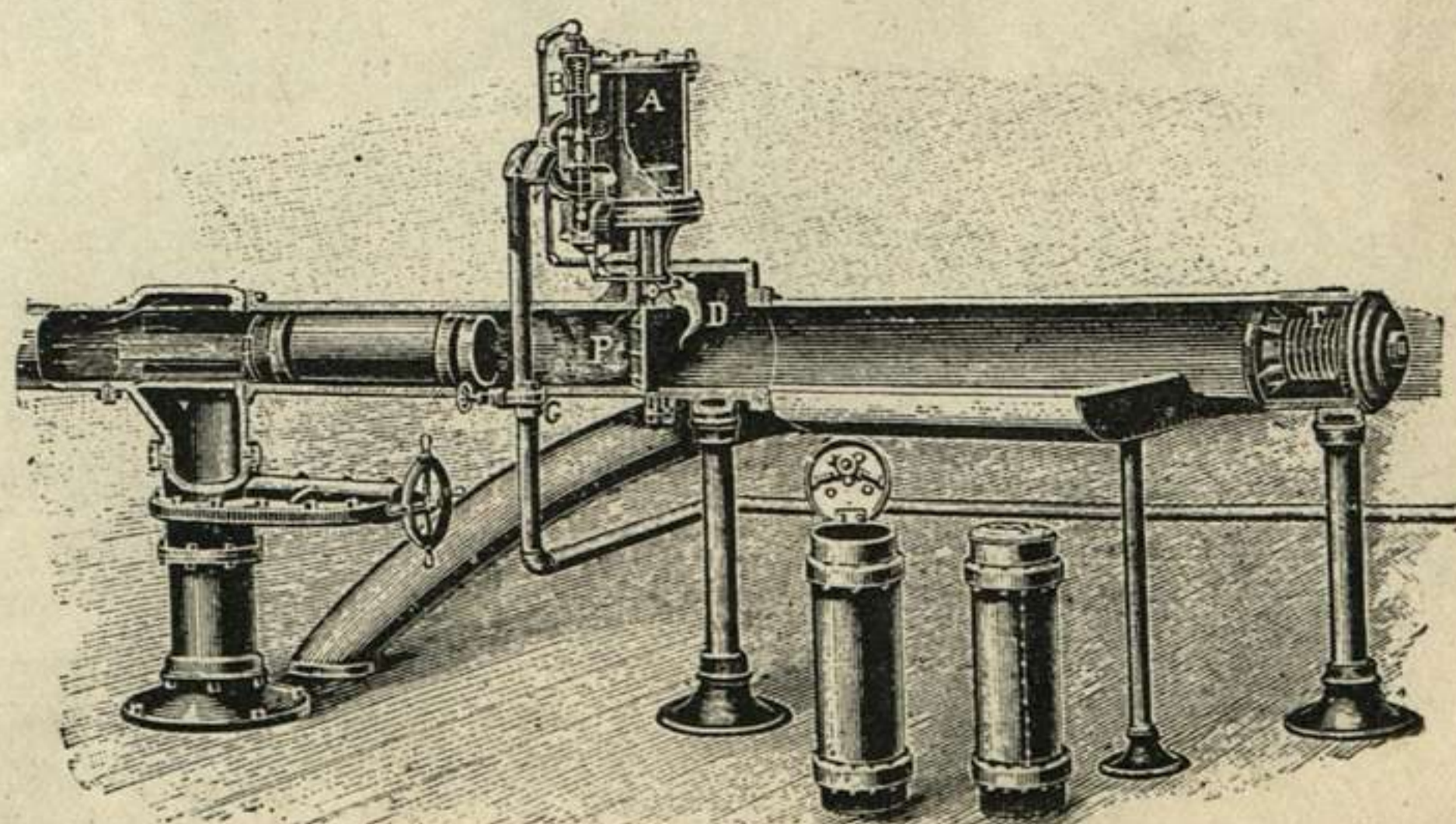
El receptor de la Oficina central difiere algo de este tipo. El wagoncillo conductor llega á una cámara con una puerta vertical *P* y aminora su velocidad comprimiendo el aire que hay delante, y en cuanto al aire de la canalización vuelve al receptáculo y al compresor por escapes que le dan acceso á un tubo vertical. Una parte del aire comprimido por el cilindro sigue el trayecto indicado por una flecha en el grabado, y deprime un pistoncillo *B* levantado por un resorte que obra en sentido opuesto; este movimiento saca el cajón de un gran pistón pneumático vertical *A* que puede verse sobre la puerta *P*.

El aire que viene del compresor se encuentra así admitido en *A* que se levanta. La presión ligera que se ejerce tras el cilindro lo lleva hasta el tapón *J* y se puede recogerlo y abrirlo; de paso ha tocado el dedo *D* que sube el cajón de *A* de suerte que éste baja cerrando *P*.

Como se ve por las explicaciones que hemos dado, este sistema de comunicaciones postales tiende á operar una verdadera revolución en el servicio urbano de correos. Desde luego, y prescindiendo del tiempo que se gana, hay que tener en cuenta de una manera especial el progreso realizado con la supresión de un ejército de intermediarios que por muy aptos y leales que se les suponga no tendrán nunca la exactitud impersonal ni presentan las seguridades del wagoncillo pneumático.

Otra consecuencia y no muy despreciable se deriva del nuevo sistema: no sólo las oficinas postales pueden recoger sus beneficios; una infinidad de instituciones ganarán tiempo y economizarán molestias y trastornos estableciendo sus tubos de comunicación con el correo. Los bancos, las oficinas públicas, los periódicos están en el caso y muy en breve aprovecharán el resultado de tan útil invención, tanto más útil cuanto que está perfeccionada hasta lo último.

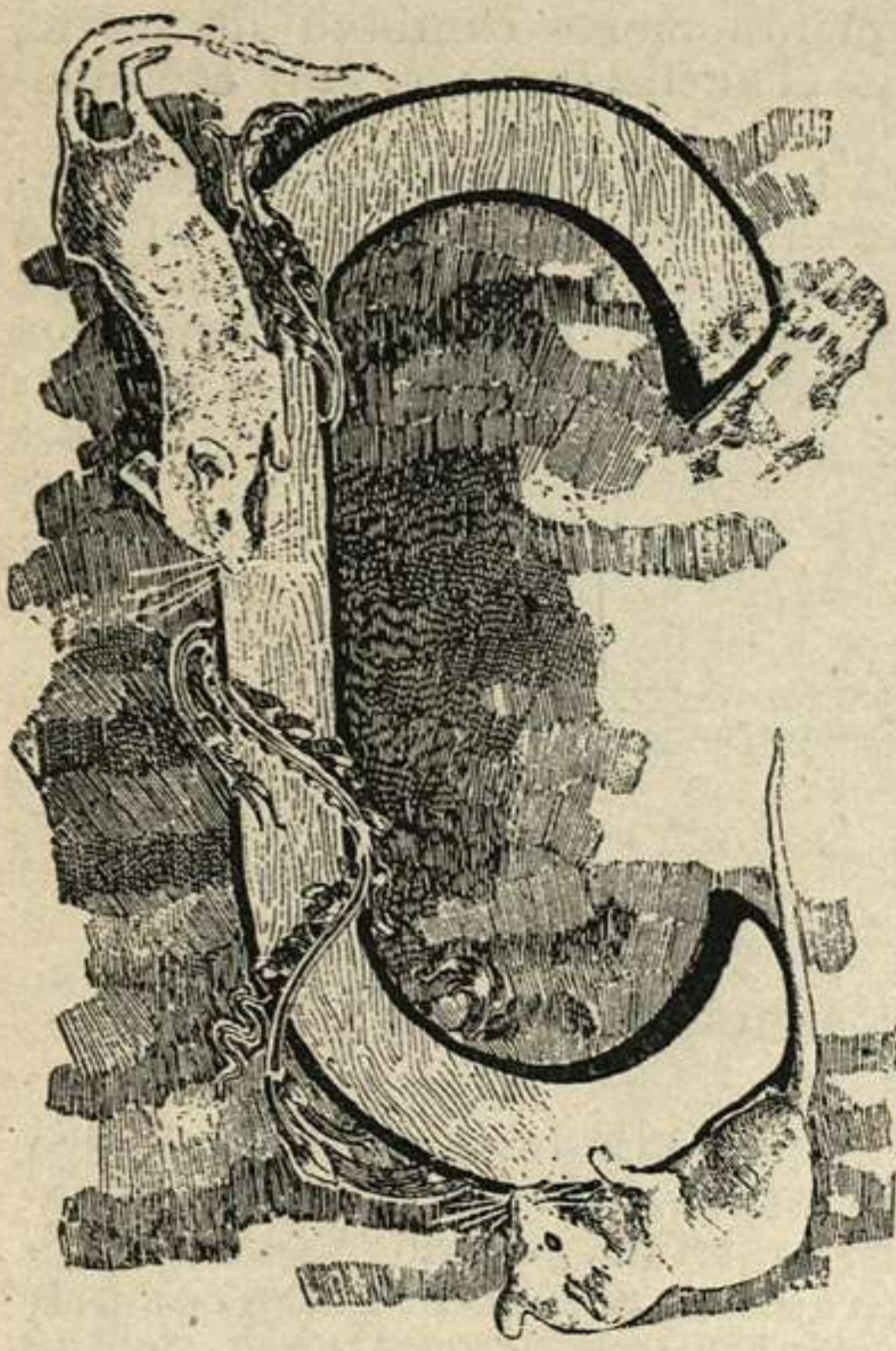
Y no sólo emplearán los tubos neumáticos en el servicio postal sino que por esa fecundidad de aplicaciones que caracterizan el ingenio científico de nuestra civilización, se les irán encontrando usos que ahora ni aun sospechamos, pero que no sorprenderán dentro de poco. Ya en algunos almacenes se emplean wagoncillos para el transporte de pequeños bultos de uno á otro lugar del establecimiento, sólo falta ampliar y perfeccionar el procedimiento.



5-RECEPCION EN LA OFICINA CENTRAL

La última noche de la novia.

BALADA DE KLINGSOR



CUANDO Rosita despertó toda medrosa y estremecida, el ruido había cesado, pero á poco volvió á comenzar más sonoro, más redoblado, más persistente. Era algún ratoncillo travieso que devoraba algo en el interior del antiguo armario normando; si, no cabe duda: era algún ratón:

Rosita se incorporó lentamente en su gran lecho de madera esculpida: lecho suntuoso, rodeado de anchas colgaduras de seda que le daban aspecto de dosel, frotó sus párpados con dedos perezosos, tosió y se puso á escuchar.

Siguió otro intervalo de silencio.

Al través de los cristales de la ventana se distinguía una espléndida claridad de luna; y pendiente del techo la antigua lámpara de aceite velada por numerosos encajes color de rosa, enviaba sobre el lecho sus rayos misteriosos. No había que temer á la obscuridad.

Cabalgando en la sombra no podían venir los duendes y los vestiglos á invadir el viejo castillo señorial. Los habitantes siniestros de la selva negra se quedarían allá, filtrando el jugo de plantas venenosas, tamizando polvo de huesos humanos y haciendo con tales ingredientes hervidos en sangre de niños, esos brevajes infernales que permiten leer claro en el libro de la naturaleza.

Las hadas y los silfos si podían venir, pero esos no espantan, sacuden sobre los lechos polem de amapolas, y luego cantan canciones apacibles que inspiran ensueños dulces de felicidad...

El ruido volvió á comenzar.

Decididamente Rosita no podía dormir. Le parecía estar oyendo que allá á lo lejos, un gran ejército marchaba siguiendo á los tambores que redoblaban sus toques militares.

Por otra parte; la idea de su matrimonio la desvelaba también. Eso de ir á casarse, ella que desde cuatro años antes tomó la resolución de quedarse para vestir á Santa Rita! y luego, casarse con un aldeano vigoroso y mofletudo, alegre con eterna alegría vulgar y orondo como los manzanos de sus propiedades de millonario...

Pero era necesario obedecer á su tía que la recogió desde pequeña, la crió y educó con maternal ternura y se desvivió siempre por hacerla feliz. Ahora la tía estaba ya con un pié en la sepultura, y quería ¡pobre anciana! colocar á su sobrina antes desahogar sus cuentas con la vida.

En todo esto pensaba Rosita, ó talvez no pensaba en nada, viendo sobre el mármol de la chimenea un gallardo músico de porcelana que estaba en actitud de tocar el violín y sucedió que entonces el ruido del ratón volvió á sacarla de sus cavilaciones. Levantó la colcha de seda ornada de pájaros azules y flores bordadas, retiró las ricas sábanas de lino, y al deslizarse del lecho, apenas envuelta en su leve y vaporoso traje de dormir, sintió un delicioso estremecimiento, y sin cuidarse de calzar sus piés sonrosados, corrió sobre la alfombra y fué á abrir la puerta de encima del antiguo armario.

Había allí trajes de marquesas de doscientos años de antigüedad, telas y terciopelos de ramazones que nose tocaban nunca; y levantando una saya del siglo XVI, descubrió Rosita una linda chinela de raso de donde salió dando un salto, el ratoncillo gris de cola sedosa, autor del ruido y que se quedó unos instantes mirándola con sus ojos de cristal, penetrantes y vivos.

Rosita lanzó un ligero grito de terror; pero luego, medio tranquilizada y medio curiosa, tomó la chinela y regresó y deslizó su cuerpo delicado y friolento entre los corbeteros de la cama calientes aún.

Pero aunque hubiera cesado todo ruido, Rosita no podía conciliar el sueño. Colocó la chinela en la mesa de noche y se puso á vestirse lentamente, con la esperanza de que esta monótona labor la adormecería; luego tomó un libro místico y se fué á sentar junto á la ventana con intención de leer á la luz combinada de la lámpara y de la luna.

Tampoco pudo leer. Al lado de la ventana estaba aún la mesa que se trajo al aposento para que cenara allí Rosita que no había querido esa noche concurrir al comedor y que había pretextado estar enferma para librarse de la conversación de las numerosas visitas que estaban en el castillo con motivo de su casamiento.

Sobre la mesa no quedaban más que algunos platos, la caja de dulces, copas, la botella de vino y la garrafa de agua. ¡Cosa curiosa! en el centro de esta garrafa, por una rara combinación de la luz, se veía como flotando entre dos aguas al violinista de porcelana de la chimenea, pero no esbelto y gallardo como era él, sino ridículamente enano, barrigón y mofletudo.

Rosita sintió un arrebato de ira contra la garrafa y avanzó á la mesa para romper ese cristal que así le desfiguraba su más querido *bibelot*, pero apenas cambió de posición desapareció del agua la figura, y surgió de nuevo en la chimenea hermosa y atractiva como siempre, tocando su violín de sonidos dulces y misteriosos.

¿Era en efecto ese violín el que sonaba?

Rosita se rió de sus preocupaciones. ¡Tocar de veras un violinista de porcelana!

Esa música que se oía en el aposento, debía ser el delicioso conjunto de los ruidos nocturnos penetrando por la ventana entreabierta: canto de ruiseñores enamorados, chirrido de grillos filarmónicos, murmurio de arroyuelos, susurro de auras entre la fronda, pjar de nidos desvelados, serenatas de los silfos desde las corolas...

Pero no; la música venía justamente del lado de la chimenea y fijándose bien, se veía que el violinista microscópico ¡qué miedo! movía ágilmente su arco y hería con él las cuerdas doradas del instrumento diminuto. Como Rosita no quería seguir viendo, cerró llena de terrores la ventana, corrió á su cama, se desnudó precipitadamente, se ocultó bajo las sábanas y corbeteros apretando mucho los párpados y tapándose con las manos los oídos.

A poco se durmió y empezó á soñar.

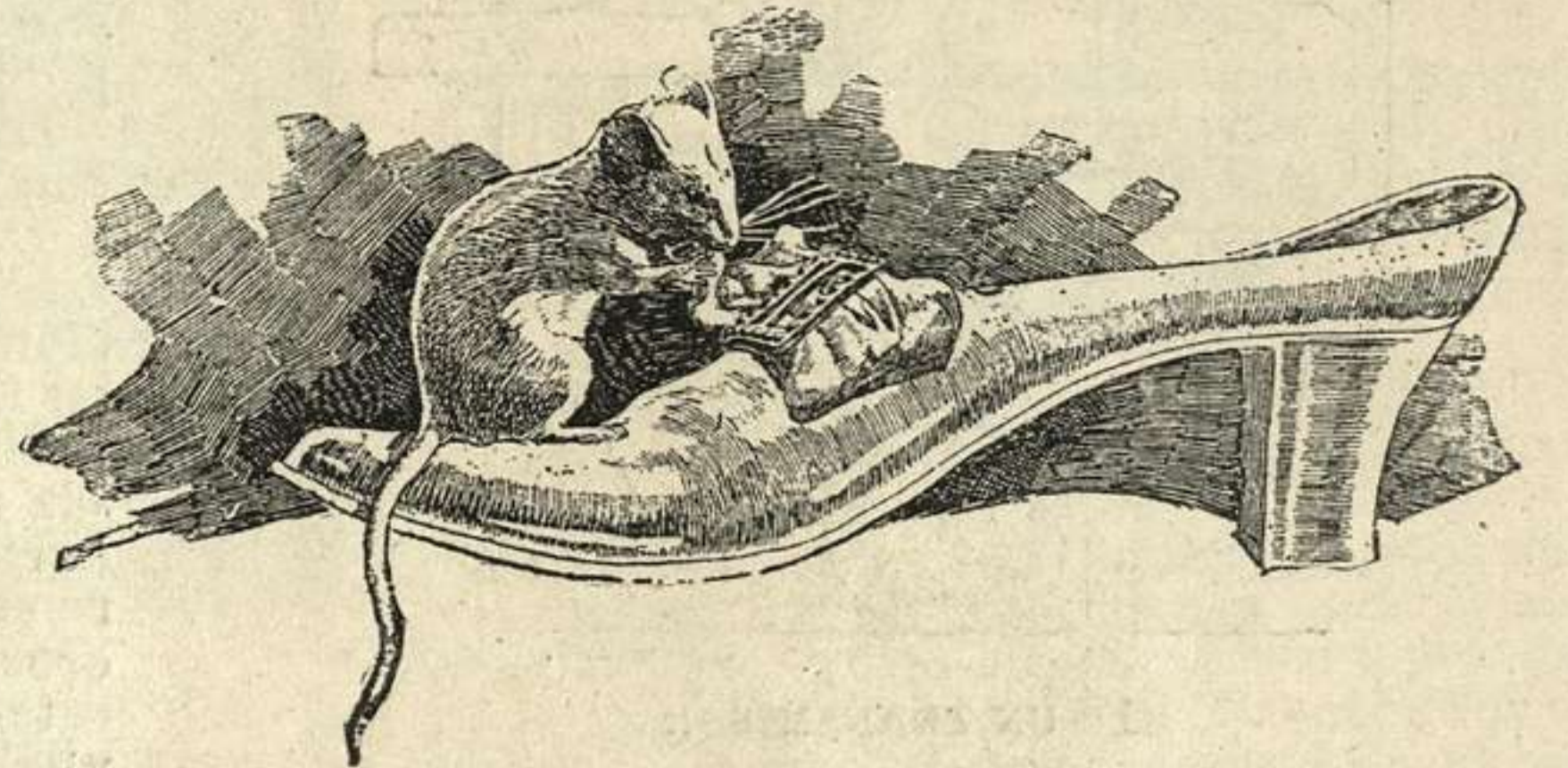
Soñó que era otra vez una chiquela de vestido corto; y que viniendo de la aldea cercana, había encontrado por el camino á su vecino Verneuil; que le dió tanta mortificación verlo, que al pasar el puentecillo de Saint Ormand estuvo á punto de perder el equilibrio y caer. Entonces tendió la mano, tomó la de su vecino... y despertó.

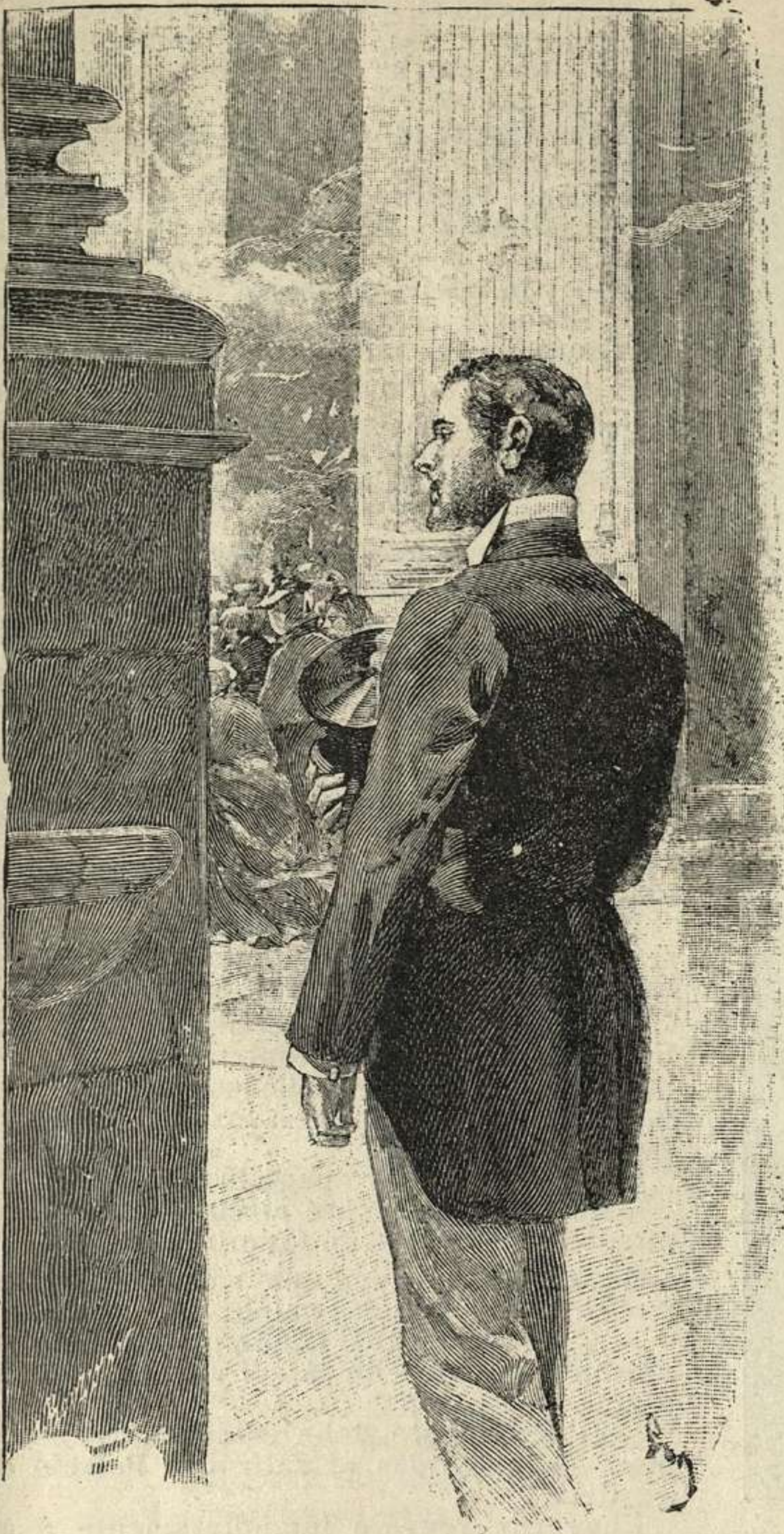
Rosita entre sueños había en efecto tendido el brazo, había tomado la chinela que estaba en la mesa de noche, y cuando despertó quedó admirada del asombroso encadenamiento que tienen todas las cosas de esta vida.

Esta chinela de raso blanco que acababa de haber sido visitada por un ratón, vino al mundo en tiempos pasados bordada cuidadosamente de manos de Rosita, manos delicadas y diestras que dejaron sobre la tela lilas y campánulas de primoroso colorido. Todo el pasado entristecedor que despertaba la chinela, revivió de improviso en el alma de la joven inocente y turbada.

Rosita entonces como ahora, habitaba en el antiguo castillo de su tía, la cual era toda su familia. A un lado del castillo, apenas á medio kilómetro de distancia, tenían los Verneuil su casa de campo, techada de tejas rojas en medio de un huerto con tantas rosas que parecía jardín ó con tantos perales, manzanos y avellanos que parecía huerto. Por aquellos tiempos vino de París á visitarlos un pariente joven que también se apellidaba Verneuil y se quedó á pasar las vacaciones en la casa de campo. Esto sirvió de pretexto primero para reuniones ceremoniosas entre ambas familias y luego para una dulce intimidad.

Cuando la tía no llevaba á su bella sobrina á comer ciruelas al huerto de los Verneuil, era el primo, elegantemente vestido y enguantado, con corbata blanca y crysantema en el ojal de la levita, quien venía á visitarlas. La tía se ponía á coser ó á tejer por sí misma sus medias de hilo de Escocia ó bien se ocupaba con alguna criada los despojos de antiguos trajes de pastoras del Trianon que, á falta





Rosita deslumbrada ante las mil galanterias y distinciones que tuvo para con ella, se enorgulleció de lucirlo como adorador; y toda trémula y emocionada se dejaba arrastrar por la dicha al bailar con él.

Ese día fué cuando Verneuil la dió su primer beso en la mejilla y como ella en vez de resistir se dejó llevar en delicioso abandono, la besó también en los labios.

Tres días después el apuesto y encantador joven fué á dar su tierna y respetuosa despedida á todos los vecinos prometiendo volver muy pronto. Rosita llorosa vió desde su ventana, salir de la casa de campo al sobrino del señor Verneuil en la calesa de dos caballos que le condujo por la avenida sembrada de álamos, agitó desde allí su pañuelo blanco en señal de "adiós" y tornó á sus labores domésticas, triste pero pensando en que, en efecto, p. onto regresaría de París su novio para casarse con ella.

De todo ese gran poema de amor, Rosita no conservaba más objetos materiales como recuerdo, que algunas flores secas y una de las dos chinelas de raso, pues la otra se habia ido con Verneuil. Los días pasaron y las flores fueron palideciendo. Al siguiente estío Verneuil no vino á pasar las vacaciones, ni los estíos sucesivos tampoco, y lentamente hasta las remembranzas de esa época feliz se fueron poniendo descoloridas como los hilos de seda de la chinela de raso blanco que acababa de ser visitada por un ratón.

Y la bella, sentimental y soñadora joven empezó á dedicarse sin gran dolor á vestir á Santa Rita, y habria pasado en esa tarea los años que de vida le quedaban, porque el novio á quien esperaba no volvió nunca.

O más bien si vino, gracias á la amantísima solicitud de la tía que con la edad se habia vuelto muy cuidadosa y que no queriendo morir dejando sola á Rosita, se lo presentó una bella mañana bajo la forma de uno de esos aldeanos ricos de levita muy corta, zapatos muy largos, de aspecto desmadrado que se quitan obsequiosamente el sombrero con el más fútil motivo y que tienen siempre muchas vacas en sus establos y más piezas de oro en su bolsa de cuero que sonrisas en sus labios. El tal pretendiente le agradó á Rosita lo mismo que cualquiera otro de su calaña; y con el hábito que tenia, de obedecer siempre á su anciana tía, aceptó el casamiento sin protestar, y ya hasta estaba listo el traje de novia.

Y he aquí que la noche vispera de la boda, Dios quiso, ó acaso el diablo travieso, que un ratoncillo desvelado viniera á despertar y revivir en el corazón de Rosita todo el mundo de sus recuerdos y de sus tristezas, al reaparecer la chinelita de raso blanco que tenia casi olvidada.

Como una procesión fantástica aparecida del foco de una linterna mágica, pasaban frente á los ojos de Rosita, mezclándose á veces y confundiéndose, los cuadros de su pasado y de su presente sin que pudiera, á pesar de sus esfuerzos, conciliar el sueño, y llevaba ya mucho tiempo (de de que apagó la luz) de tener los párpados fuertemente cerrados para escapar loca ideal más fácilmente así de aquellas visiones.

Viendo que ni así lograba el anhelado reposo, buscó á tientas una cervilla, hizo frotándola contra el muro un pequeño arcoiris, la descabezó, tomó otra y á poco un botón de oro lució en el extremo de la bujía rosada que habia en su mesa de noche.

Como los niños pequeños que no pueden resistir al deseo de ver lo que les asusta, Rosita lo primero que hizo fué dirigir sus miradas á la chimenea.

¡No estaba allí el microscópico violinista de porcelana!

Se habia ido con otros músicos á un rincón del aposento y les conversaba alegremente. ¿Quiénes eran esos músicos? Ah! sí, los conocia muy bien, eran antiguos amigos. Empezaron á tocar una especie de polka ó gavota, de bellas combinaciones musicales:

Cantaba la flauta, le respondía el violín y entraban luego el clavicordio y el harpa de pedales, formando todos un concierto delicioso. El aposento, transformado en salón de baile tenia luz, mucha luz que iluminaba á las alegres parejas de bailarines, que danzaban emocionados.

Derrepente la música cesó y las parejas se detuvieron.

—Toca usted la flauta como un Marcyas, dijo una voz.

—Y usted maravillosamente el Clavicordio, señor de Verneuil, añadió otra voz.

Pero las mayores alabanzas eran para el harpista, el sobrino del señor de Verneuil.

Rosita, que estaba en el salón de baile, vistiendo su traje de boda, se acercó al sitio en que los músicos conversaban, y entonces Verneuil, el harpista, vino á ofrecerle una rosa que ella se colocó en el pecho.

Luego los otros músicos preludivieron un wals que Rosita y Verneuil se lanzaron á bailar. Rosita se sentía esbelta y ligera como un niño. giraba rápidamente llevada por sus chinelitas de raso blanco bordadas que habia vuelto á estrenar, y se estrechaba mucho contra su compañero. Después cesaron de bailar aunque la música seguía y se fueron á reclinar al balcón desde donde se veían los grandes árboles casi negros, las siluetas de los montes lejanos, y arriba el cielo lentejuelado de estrellas parpadeantes.

Hacia un airecillo fresco y perfumado, Rosita sentía que le latía el corazón como si estuviera á punto de rompersele y Verneuil la tomó por la cintura en amoroso abrazo, se inclinó lentamente y la besó con beso feo l y apasionado, en el cuello, abajo de la ore-



de buenas rentas le habían legado aquellos abuelos inmóviles y uniformados que adornaban en cuadros pomposos la sala principal del castillo. Durante este tiempo Verneuil acaso por distraerse, y Rosita del modo más inéguo, se habían ido aproximando de modo que sus corazones quedaran muy cerca, lo más cerca posible el uno del otro. Y estas eran sonrisas por una flor que cambiaban, y estas eran conversaciones interminables por los más fútiles motivos, y discusiones acaloradas sobre si para el sombrero tal era mejor pluma negra ó blanca. ó si en el volante cuál debían ponerse blondas de Malines ó punto de Alençon, y riñas y rabietas por nada y nada, y ese conjunto en fin de amargas y dulces niñerías que constituye eso tan adorable que se ha convenido en llamar amor.

Precisamente por estos días venturosos fué cuando Rosita, para corresponder á un deseo del primo de los Verneuil, habia bordado las chinelas de raso, de las cuales una era la que acababa de sacar del armario de nogal y que muchas veces colocó entonces, y aún después con amoroso celo en sus piés pequeños que se embellecían más aun dentro de ese calzado y semejaban los de una hada que el encantador Merlin hubiera dejado olvidada en aquel oscuro rincón de provincia. Rosita llevó sus chinelas al baile de los de Cantarive, donde el ahijado de los Chavinevrant tocó la flauta, el Señor de Verneuil el clavicordio y su gallardo y elegante sobrino el harpa de pedales. Este, lo mismo que si hubiera sido para un baile de París, aprisionó su pescuezo en un enorme y resplandeciente cuello de camisa, se embutió en el aristocrático frac y llevó en fin todas las prendas del gran vestido de etiqueta

ja, en el punto mismo en que Rosita tenia unos rizos muy suaves y sedosos

—Rosita.....te amo, te amo, te amo!

Rosita se estremeció toda en una especie de éxtasis voluptuoso y extraño... la música, no... el violín solamente, continuaba tocando en sordina y entre tanto los labios seguían apretados al cuello sobre los rizos, transmitiendo para lo más íntimo del cuerpo un fluido tibio que penetraba adentro, muy adentro hasta lo profundo del alma, y la música seguía, seguía, y el fluido penetraba, hasta que de súbito y con estallido seco y doloroso una cuerda del violín reventó....

.....

A la siguiente mañana, la tía, después de oír sumisa y rezar su rosario, vino á llamar con mano temblorosa á las puertas del aposento de Rosita, entró luego y halló la bujía extinguida en el candelero, el violinista de porcelana despedazado sobre la chimenea, y á Rosita en su cama, muerta y con una chinelita de raso blanco que apretaba con la mano contra su seno.

Rosita murió de la ruptura de una aneurisma.

JAVIER SANTA MARÍA.



EL SECRETO

I

Jorge de Chaverny había terminado la carrera de Derecho. Su familia le había legado un nombre sin mancha; pero su padre, magistrado de provincia, carecía de fortuna por haber preferido casarse por amor á casarse con una dote.

Hacia mucho tiempo que había muerto la madre de Jorge y en cuanto al Conde de Chaverny, cuando se convenció de que iba á morir, llamó á Jorge y le dijo:

—No te dejo ninguna deuda pendiente. Esa es toda mi fortuna. Has terminado con aprovechamiento tus estudios. Vé á París y presenta esta carta al abogado Mr. Lance; es amigo mío y te admitirá en su despacho, donde ganarás lo suficiente para atenderá tus necesidades. Si llegas á ser magistrado, no olvides que tu padre murió con el alma tranquila, porque siempre siguió los impulsos de su conciencia. ¡Dame el último beso!

Jorge besó la helada frente de su padre. El anciano perdió el conocimiento; pero al cabo de una hora recobró el sentido y murmuró afanoso, mirando á su hijo:

— ¡La conciencia! ¡La conciencia!
A los pocos instantes exhaló el último suspiro.

II

Al cabo de un mes, Jorge ejercía las funciones de pasante de Mr. Lance.

El abogado era un tipo que compensaba con su silencio en la casa, el flujo de su palabra en la Audiencia.

Hombre de erudición, muy elocuente, ingenioso y malévolo en una pieza, todo el mundo le temía y nadie le profesaba afecto alguno.

Jorge de Chaverny ganaba en su casa quinientos francos al mes. Mucho más de lo que necesitaba para vivir modestamente.

Dotado de una fisonomía seductora, alto, distinguido, no pudo resistir á las tentaciones de todo género que ofrece la vida de París. Jugó, ganó y perdió, recorriendo, con arreglo á sus ganancias y pérdidas, la escala de las violentas emociones que acompañan al juego.

Una mañana entró Chaverny en el despacho de Mr. Lance, pálido, extenuado, convulso. Había pasado la noche en el Círculo, donde había perdido todas sus ganancias y además veinticinco mil francos bajo palabra de honor. No había más remedio que pagarlos antes del término de veinticuatro horas.

Y allí, en su gabinete, se hallaba Jorge con los ojos enrojecidos y la barba en la mano, pensando en lo que debiera hacer y en lo que pudiera ocurrir.

¿Ganarlos? ¿Cómo? ¿Pedirlos prestados? ¿A quién? ¿A su principal, al intransigente abogado que no vacilaría en sacrificarle á sus iras en vez de salvarle generosamente?

Y sus ojos se dirigían hacia la caja cuya llave tenía en su poder y en la que había cincuenta mil francos. Allí estaba su salvación, pero á costa de un crimen.

Mr. Lance iba y venía de su despacho al de Chaverny.

Tan pálido estaba el pasante, tan extraña era sumirada, que el abogado le preguntó bruscamente:

—¿Está usted enfermo?

—No, señor, contestó Jorge con voz temblorosa.

Salió el infeliz á las once con objeto de almorzar; pero le fué imposible probar bocado.

Entonces se puso á divagar por los muelles, con la cabeza ardiendo y persiguido por la obstinada idea del robo.

¿Pero lo era acaso? No. Se trataba únicamente de un empréstito ignorado y nada más. Cogería treinta mil francos, pagaría su deuda y probaría fortuna con los cinco mil francos restantes. Y una voz le decía en el fondo del alma:

—¡Ganarás al juego, reembolsarás la cantidad sustraída y te salvarás! ¡No vaciles!

III

A las dos de la tarde vuelve á estar Chaverny en su despacho.

Todo cuanto hay de honrado en él lucha contra su funesto proyecto.

Entra de pronto Mr. Lance, examina algunos legajos, y dice después á Jorge:

—Salgo para Chateauroux, donde tengo una vista. Estaré ausente tres días. Adiós.

Al cabo de media hora Jorge estaba solo, sin temor á testigo alguno: y la caja excitaba más y más su tentación con su promesa de salvarle.

Chaverny cierra cautelosamente la puerta, dejando la llave en la cerradura para evitar toda mirada indiscreta, y baja las cortinas de las ventanas.

Está resuelto á todo y no hay nadie en la casa.

Sus manos tiemblan pero su corazón ha dejado de palpar con violencia. El sudor inunda su frente.... Cuando abre la pesada puerta de la caja, retrocede porque ha creído ver un rostro amarillento que le mira y le dice:

—¡La conciencia!....

Chaverny se enjuga la frente y se echa á reír. Sus manos se apoderan de treinta billetes de mil francos. La caja está cerrada; vuelven á levantarse las cortinas de las ventanas y el sol inunda el despacho de

DAMAS DISTINGUIDAS



Margarita, Condesa de Casa Romero
RESIDENTE EN LA CAPITAL.

Jorge. Nada ha cambiado, solo se cuenta con un ladrón más

Por la noche en el Círculo paga su deuda de la víspera; á media noche empieza á tallar y al rayar el alba, cuando sale del establecimiento, ebrio de gozo, lleva consigo cincuenta mil francos que ha ganado al juego.

A las diez de la mañana, los treinta billetes vuelven á estar en la caja. Todo ha terminado y nada hay que temer, nada más que el recuerdo de lo ocurrido.

Durante todo el día estuvo nervioso y decía para sí: —¡Si Mr. Lance hubiese vuelto de pronto! ¡Si se hubiese descubierto el robo, estaba yo perdido para siempre!

IV

Han transcurrido veinte años. Mr. Lance ha muerto y Jorge de Chaverny se ha casado después de haber ingresado en la magistratura

Está fatigado por el trabajo, tiene la cabeza cana y ha de presidir en breve una vista en los tribunales de París.

Su mujer vive todavía, y causan las delicias de aquel matrimonio una hija y un hijo, que, como Jorge y como su abuelo, está destinado á la magistratura. Chaverny es completamente feliz.

La vista no ofrece ningún asunto interesante. Chaverny examina los autos que le han presentado y en los que sólo se trata de cuatro robos y de una estafa.

Sin embargo, entre los primeros figuraba un proceso que le llama profundamente la atención.

Cuando ha recorrido el legajo se levanta sobresaltado y se lleva las manos á la cabeza.

Cree haber leído mal y reanuda su lectura. No, no se ha equivocado. Lavardin, cajero de la casa Canselme, era jugador ¡Lo mismo que Jorge en otros tiempos! Un día perdió, perdió y robó cinco mil francos de la caja de su principal con la esperanza de ganar y de restituirlos sin despertar la más mínima sospecha. ¡Lo mismo que Jorge! Lavardin había perdido, sin haber podido reembolsar; se había descubierto el robo, é iba á comparecer ante el Tribunal.

—¡Y voy yo á juzgarle!—murmuró Chaverny aterrorizado.—¿Es posible! ¿Estoy soñando acaso? ¿En qué se diferencia de mí ese hombre, de mí que soy su juez? Su crimen es el mío. ¿Puedo, por lo tanto, condenarle?

Chaverny sintió deseo de presentar su dimisión. Pero ¿por qué razón? Otro más severo que él podría condenar á Lavardin al máximo de la pena. ¿No tenía, por el contrario, el deber de seguir en su puesto para mostrarse indulgente con aquel desdichado?

V

Llegó el día de la vista. Lavardin se presentó casi sereno ante el Magistrado que debía juzgarle.

—No tuve intención de robar—dijo Lavardin llorando.—Creí ganar y restituir el dinero á mi principal antes de que pudiera abrigar la menor sospecha.

Lo que no pude hacer al día siguiente; lo hubiera hecho al otro, y estaba resuelto á matarme si la desgracia seguía persiguiéndome. Pero me ha faltado tiempo para realizar mis propósitos.

El Presidente le escuchaba con extraordinaria atención.

—Señor—continuó Lavardin—tengo una madre enferma y anciana, que vive lejos de París. Cada mes le enviaba la mitad de mi sueldo, y la infeliz ignora mi falta y mi detención. Si se me condena, la pobre vieja morirá de desesperación y de vergüenza....

El abogado defensor estuvo elocuentísimo, y el Presidente le animaba agitando maquinalmente la cabeza en señal de aprobación.

El Fiscal pidió contra Lavardin la aplicación de la ley.

El Presidente guarda silencio. Ha de resumir el debate, y teme no tener fuerzas para ello.

Al fin se resuelve á cumplir con su deber, y, sin quererlo, hace hábilmente la defensa del acusado.

Después de haber formulado las preguntas á las cuales debe el Jurado contestar, abandona consternado el salón de la Audiencia.

Transcurren algunos minutos y luego se oyó un campanillazo.

El Jurado considera culpable á Lavardin, si bien reconoce algunas circunstancias atenuantes en su favor.

El Presidente está agitado y sus ojos brillan con singulares resplandores.

Sus movimientos son bruscos é irreflexivos y nada hay de magestuoso ni de digno en su actitud.

Con voz trémula y apagada dijo al fin:

—En atención á las circunstancias atenuantes que militan en favor del acusado.... Su acento era cada vez más débil, y apenas se le oyeron estas palabras:

—..... El Tribunal condena á Andrés Lavardin á dos años de cárcel y al pago de las costas.

—El Presidente debe estar enfermo—decían los abogados al salir del Palacio de Justicia.

Chaverny regresó inmediatamente á su casa; al llegar á ella no correspondió á las manifestaciones de cariño de su esposa, ni á los besos de su hija, y se acostó rendido por una fiebre intensísima.

Había cumplido con su deber; pero su deber iba á matarle.

Sin embargo, al día siguiente se levantó. Salió á la calle, se presentó en el Elíseo y celebró con el Presidente de la República una entrevista que duró una hora.

Al día siguiente se leía en el *Diario Oficial* el indulto de Lavardin.

Pero aquella misma noche fué Chaverny víctima de un ataque cerebral.

En uno de los momentos de lucidez que tuvo, se volvió hacia su hijo, lo mismo que en otro tiempo su padre, y dijo:

—¡La conciencia! ¡La conciencia!
Estas fueron las últimas palabras del infortunado Jorge de Chaverny.

A. DAUDET.

LEJANIA

Tú derramas en torno de las cosas un aliento de tibia primavera; y llevan como tú también las rosas el alma del perfume prisionera.

Relicario de un sueño, en que se inclina la luna como plácida azucena, mientras el alba dora la neblina y convierte la luna soñadora en algo triste que á morir camina,

Apareces como algo que se aleja, que acaricia el oído, que arrulla, que suspira y que se queja tan suave, tan dulce, que semeja el arrullo de un pájaro en el nido.

Y te vuelvo á mirar cortando flores allá en los campos húmedos y tersos donde besé en tu frente á los amores y me besaron los primeros versos.

Torna, torna de nuevo; ahora que he visto cómo el ala del negro sufrimiento me cubre arrodillándome ante el Cristo y también ante un viejo pensamiento,

Tengo anhelos de fé, de fé sincera de pensar como entonces; tan solo en tí, desde la luz primera hasta el toque solemne de los bronce.

Torna de nuevo; como en otras veces enseñame á soñar, pues lo he olvidado; como enseña la madre junto al lecho al débil niño las primeras paces sobre el muelle colchón arrodillado y con las manos juntas en el pecho.

M. E. PEREYRA

¡POR UN MARIDO!

NOVELA ORIGINAL DE MARC DE CHANDPLAIX—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 5.

¡Qué feliz se sentía de que la hubieran convidado á esta fiesta! y con todo y eso veía sin pensar que se acercaba su término, para huir de la compañía de tanto negro incorrecto!

El Comandante la acompañaría seguramente, contento también de sustraerse á la orgía de los hovas que empezaba á ponerse repugnante y así no se separarían; y para no abreviar los pocos momentos que les quedaban de estar juntos darían un paseo, lo que les permitiría respirar un poco y desembarazarse de esas exhalaciones de que sentía impregnados sus vestidos, por más cuidado que había tenido de alejarse de su vecino el Coronel.

Y pensaba, pensaba levantando en el aire castillo sobre castillo; el corazón deliciosamente removido por el amor y por la esperanza, las miradas perdidas en el infinito aunque fijos los ojos en la faz augusta de Su Excelencia el Gobernador, y pensaba... cuando la trajo á las realidades de la tierra un criado amarillo que la tocó casualmente al pasar.

Pronto iba á concluir la comida: los servidores ruidosos desembarazaban la mesa y se servía el té á la inglesa y una interminable serie de licores, de los que el Coronel hova no dejó de hacer provisiones pues iba prevenido para tomar y llevar.

Advertido el Comandante del proyecto de Nelly lo agradeció vivamente; y notando que ya se ponía fuego á varios cigarros se lo avisó á la niña que levantándose con resignación se dirigió al lugar donde se hallaba el Gobernador, acompañada de Juan. Apeló á todos sus conocimientos en el idioma del país para dar á Su Excelencia las gracias en su nombre y en el del Comandante; alabó la comida, los vinos y la elocuencia del funcionario, y cuanto había hecho y dicho en toda su vida.

Por muy poca analogía que tuviera Su Excelencia con el pavo estúpido y vanidoso, pues era en el fondo una buena persona, quedó muy pagado de tales alabanzas; y si no insistió sino muy débilmente en detener á los europeos, ha de haber sido sin duda porque ya tenía como sus otros convidados, necesidad de dar suelta á los botones de su uniforme.

Los demás hovas, ebrios ya, ni notaron la partida de Nelly y del Comandante.

Afuera, la noche era profunda en la tierra, pero alegre y estrellada en el espacio que los dos enamorados contemplaron sintiendo la turbación misteriosa de lo infinito. Luego sus miradas se encontraron, sonriendo los dos, y sus manos se entrelazaron como para hacer un pacto de unión. Esto no duró más que unos instantes, pero fué suficiente para transmitir á sus cerebros el himno de pasión que vibraba en sus corazones.

Nelly en seguida se apoyó en el brazo de su amigo y silenciosos y felices iban vagando al azar á través de la aldea dormida y dirigiéndose sin darse cuenta de ello á la casa del Mayor.

Para qué hablar?

Nada de cuanto hubieran podido decir habría tenido ni el poder ni el encanto de aquel apretón de manos. Habría sido inútil ó embustera después de eso, toda frase que no fuera: "te amo"

Pero una vez pronunciada esa frase no podía ser recogida y tendría la significación de un juramento eterno... Nelly no se resolvía á decirlo, pero quería escucharla en medio de esta noche

solemne, bajo la mirada lejana de los astros brillantes.

Y se oprimía contra Juan, con los ojos medio cerrados, la frente ardiendo, el corazón palpitando de modo que parecía querer salirse del pecho, los oídos atentos á la frase que ansiaba...

Pronto se distinguió la casa del Mayor, junto al templo en cuya puerta había tres gradas.

Iban á separarse así?

Nelly dijo:

—Hace calor: quiere usted que nos sentemos aquí? ¡Son tan bellas las noches después de estos días estivales! Luego, entraré á casa y devolveré á usted su libertad...

El Comandante le contestó con voz acariciadora:

—Si nos sentamos, el aire de la noche y la falta de movimiento le darán á usted frío: es preferible caminar.

—Frío! exclamó Nelly, sintiendo que echaban llamas su cabeza y su corazón.

Y soltando el brazo en que iba apoyada, se

sus labios se unieron en un beso oprimido y prolongado y luego como si estuviera deliciosamente aterrado, murmuró quedo, muy quedo:

—Te amo Nelly, te amo...

Sí: Juan estaba aterrado y feliz al mismo tiempo; feliz porque sentía esos transportes cuya época parecía haber pasado para él; feliz por haber sentido la presión celeste que mezcla las almas más de lo que pueden ligarse los cuerpos, pero aterrado en su honradez por el grave compromiso que acababa de contraer haciendo su confesión.

La solemnidad de su acento al pronunciar aquella frase trascendental en medio del silencio imponente de la noche, arrojaba el espanto en todo su ser.

Bruscamente desprendió sus labios de los de su amada, y se irguió. Ella entonces echó los dos brazos desnudos al cuello del marino, y con fiebre, con amor, con delirante arrebató, exclamó:

—Oh! Juan. No se arrepienta usted de lo que acaba de decir; leo en el alma de usted y por eso le amo tanto; no se arrepienta usted de sus palabras y repítalas porque ¡si viera usted cómo me

hacen feliz! El recuerdo más brillante de mi vida entera será siempre el de esta noche en que un grito sincero exhalado de una alma leal, vino á bañar de luz y de felicidad el alma mía. Mañana se va usted y ya no volveremos á vernos nunca!... Déjese usted sin preocupación arrebatar por sus sentimientos, y repita que me ama... y luego nos separaremos llevando dulces memorias que, por lo menos á mí, nada ni nadie me arrancará.

—Sí, Nelly: yo la amo á usted desde que la ví; y si lamento habérselo dicho, es porque después de estos cortos instantes de ventura, nuestros deberes respectivos van á apartarnos para siempre.

La joven sonrió con tristeza y respondió:

—Cuando se ama uno bien, sabe siempre encontrar.

Aunque sea por un minuto me ha amado usted y yo le quedo agradecida cualquiera que fuere mi destino... No me interrumpa usted... Yo tengo en efecto sed de terneces y de amor, y desde el principio me hizo usted comprender que no se casaría con una chiquilla de mi edad, ni menos sin saber quién soy ni de dónde vengo; hace usted bien, no debe usted incurrir en esa locura ó á lo menos yo no debo permitirle; pero todo esto no por los motivos que usted piensa de que sea yo demasiado joven para usted ó que sea usted demasiado viejo para mí; creame: si alguna vez encuentra, en condiciones diferentes de las mías, una mujer de mi edad que le ame tan lealmente como yo, más por usted que por sí misma, que esté pronta y feliz como yo para consagrarle toda su vida, su corazón y sus pensamientos en cambio de esa afición grave, seria y profunda que he sospechado en usted, no vacile: cátese.

Nelly pronunció su discurso como persona que ha reflexionado largamente sobre su situación y sobre el amor; que siente de veras lo que dice y que aunque se emociona al explicarlo llena así un deber. Evitó ante todo tomar un tono lacrimoso, sentimental ó ingenuo que no habría estado de acuerdo con sus maneras independientes y que no convenía á relaciones nuevas, por mucho que hubiesen andado largo camino en corto tiempo gracias á la complicidad de circunstancias excepcionales. Por el contrario, si al concluir de hablar tomó las manos de Juan, fué de un modo



quitó el abrigo y corrió á sentarse en las gradas de piedra.

—Imprudente! le dijo Juan reuniéndosele: deme usted ese abrigo.

Nelly obedeció, dominada como un niño, por el tono de autoridad afectuosa con que Juan le habló.

Entonces lentamente y con mil precauciones de ternura, volvió á ponerle el abrigo, le arregló los lazos sobre el pecho, le levantó el cuello y sentándose á su lado, en un primer movimiento instintivo de que no fué dueño, extendió el brazo para estrecharla contra su pecho, acariciarla y abrirla.

Pero vino la reflexión, luz de previsión ó de prudencia y contuvo su brazo á medio camino, y la mano tímida, avergonzada, se contentó con apoyarse en la piedra á espaldas de la joven.

A pesar de eso, como si la iniciación de ese movimiento hubiera transmitido una irresistible atracción, Nelly se reclinó sobre el pecho de Juan, y fijando en él miradas de pasión, parecía decirle sonriente y agradecida: "¡qué feliz soy!" Se entreabrieron sus labios y dejaron deslizarse la palabra "gracias" con tal entonación, con tal dulzura, que equivalió á ese *te amo* que brota de los corazones verdaderamente apasionados.

El Comandante inclinó la cabeza abrumado por la tempestad de apasionados deseos que en ella se agitaban; y poseído él también de gratitud y casi sin conciencia de lo que sucedía, lentamente fué acercando su boca á la de Nelly hasta que

cordial, enteramente cordial como las estrechó; su voz se había serenado y un relámpago de alegría iluminó su faz. Parecía un amigo, un amigo sincero que da consejos desinteresados sin gran esperanza de que se le haga caso.

Juan, aunque extraviado por la fiebre, conservaba suficiente criterio para comprender que no estaba en un camino muy seguro por más que fuera muy agradable y prefirió ese tono ligero en materias graves, aunque al mismo tiempo le preocuparan las reticencias inexplicables que contenía el discurso de Nelly. «No debe usted casarse conmigo» — «No debo permitirlo» — «Otra joven que no esté en mis condiciones» . . .

Mientras se aclaraba un poco el problema, Juan cubrió de besos la mano amiga que se le tendía y dijo:

—Gracias por el consejo, señorita Nelly, pero pienso que correrá la misma suerte que la mayor parte de los consejos. Ya comprenderá usted que cuando la víspera de una separación hemos cometido la imprudencia. . . .

Nelly hizo ademán de interrumpir esta frase pero él no le dió tiempo y siguió muy resuelto acentuando mucho ciertas palabras:

—La imprudencia de confesarnos nuestro amor: yo, á pesar de mis ideas bien definidas, y usted, á pesar de sus razones que ignoro, no habiendo obrado hoy en el sentido de su indicación es probable que no lo haré nunca, ni podría, puesto que usted se pone fuera de su consejo.

—En efecto, contestó ella, nuestra conducta, sobre todo la mía, ha sido loca. Usted á despecho de sus resoluciones ha cedido á mi atracción, en un arrebatado de amor sin ninguna idea de cálculo, sin premeditación (y esto me enorgullecerá eternamente) pero las reflexiones no tardaron en venir, llegaron ya y por eso he querido ser yo quien ponga punto á la novela antes de que usted cierre el libro. ¿Y habla usted de imprudencias? Usted ha cometido una, pero yo sé á donde voy y sé que ni se casará usted conmigo ni haría bien si se casara, de lo cual se convencerá cuando le diga las razones graves en que me fundo, más serias que la diferencia de edad. «Sé bien que no puedo aspirar á un hombre como usted; y que sólo me casaré (si me caso) en una clase inferior. Eso es todo. Sin embargo, amé á usted desde que le ví, lo confieso francamente como digo todo, y he ansiado que me amara usted también y que me lo dijera; pero á eso he limitado toda mi ambición y todo mi ensueño. No pido más.»

Cada vez entendía menos Juan esta situación y se preguntaba quién sería entre él y la niña el más loco de los dos. Tranquilizado sin embargo, y dejándose arrastrar por la embriaguez del momento dijo:

—Sí, Nelly, la amo á usted mucho, mucho.

Ella le apretó la mano en muestra de gratitud y agregó:

—Sí, esto es loco, es una fantasía de chiquilla soñadora. No me riña usted ahora ya que partirá mañana; aleje todo escrúpulo puesto que me ha dado una gran alegría que no será seguida de dolor alguno. Por mi parte no creo haber hecho á usted ningún mal porque su amor, por sincero que sea, no es bastante profundo para hacerle padecer largo tiempo si acaso le hiciera padecer. . . .

Luego abandonó de improviso la mano que había tenido entre las suyas, y con labios ardientes besó en los labios al marino con un beso de despedida.

—Oh! diga usted, diga usted sin temor y sin pena, diga otra vez que me ama!

—Te amo, te amo, te amo, repetía él ya enloquecido y cubriéndola de caricias.

Entonces ella se desprendió del abrazo, se levantó, y poniendo las dos manos sobre los hombros de Juan para impedirle que la siguiera, le dijo mirándolo con ojos suplicantes y cobardes á la vez.

—Quédese usted aquí, amigo mío, tenga piedad de mí y déjeme el tesoro de esas palabras de amor, que pienso no repetirá usted cuando sepa que soy una hija natural recojida por caridad en el Convento de Montreal, que mi madre era la última de las criaturas, que mi padre es un antiguo sub-oficial arrojado por ébrio del ejército inglés. . . . Oh! ruego á usted que por compasión no diga ahora una palabra más.

Y luego cerrando con un nuevo beso más tierno, más apasionado, los labios de Juan para impedirle que hablara, le abandonó de improviso y dió á correr hacia su casa.

Juan no pensó en seguirla.

Se pasó las manos por la frente, se restregó los ojos para asegurarse de que estaba despierto y luego se echó á reír.

—Qué! Estaba loca esta chiquilla; loca de atar, ó qué demonios pretendía?

Qué pretendía? Sus ideas no estaban bastante claras para permitirle responder á esta pregunta.

Puede ser que ambos hubieran bebido más de lo regular en el intemperante banquete de los hovas; y pensando en esto tomó rápidamente el camino de su casa, encantado de poder dirigir nada más que ese reproche á su conducta para con la bella inglesa.

Entre tanto, Nelly en su aposento se desvestía lentamente sonriendo frente al espejo.

Loca la hermosa Nelly?

Ah! no. Había comprendido bien que ciertas cosas debe uno decir las por sí mismo, antes de que bocas indiferentes las relaten de mala manera. Además, su confesión tenía el mérito de la sinceridad y se sentía como aliviada del peso de un remordimiento.

Luego, en su imaginación fértil se había desarrollado súbitamente todo un plan que le hacía esperar que volvería á ver á Juan y que acaso se apoderaría nuevamente de él, cuyo plan según su propio criterio era inspirado únicamente por su amor. Y por eso era por lo que la hermosa Nelly sonreía voluptuosamente á su espejo desvestiéndose poco á poco y admirando su cuerpo de estatua,

Apenas regresó á su casa, el Comandante fué á llamar á la puerta del Doctor que no dormía, pero que se sentía mejorado y hasta preveía que al día siguiente iba á tener un apetito voraz, regocijándole la idea de ir á almorzar á la casa del Mayor y de la señorita Nelly.

—Qué criatura tan fresca y tan encantadora! Un regalo de los ojos. Verdad?

El Comandante hizo un signo de aprobación pero sin manifestar demasiado interés y le consultó si dos ó tres horas después del almuerzo no sería prudente regresar á Diego, aunque temía que el viaje fuera fatigoso para Lerbon y por poca que fuera la fatiga ninguna razón les obligaba á partir desde luego pudiendo diferirse la marcha para el siguiente día.

El Doctor á punto de acordar la prórroga se arrepintió, pues le desolaba la idea de que por su causa se alterara el programa del viaje. El reposo de la noche le repondría y además, salvo el descenso por las escalas, todo el camino en fitakón era más bien para dormir que para cansarse.

Insistió de Chalmont declarando que en esta estación no le preocupaba el *Colibrí* y que por la salud del Doctor consentiría sin la menor pena en quedarse dos días más. Pero Lerbon insistió en la partida y no habiendo más que decir ambos amigos se recojieron.

Pero el Comandante no podía conciliar el sueño y tardó dos largas horas en dormirse. Durante ese tiempo cuántas reflexiones! No tendrían consecuencias las palabras de amor que acababa de pronunciar? En verdad, una hija natural, cuya madre había sido una perdida y el padre un ébrio arrojado del ejército, no era un brillante partido. Así lo había comprendido ella misma y confesó su amor sin temer que su confesión comprometiera al Comandante, lo cual era de agradecerse por la responsabilidad que quedaba suprimida así. Pero si bien se ahorra todo lazo también se prescindía del placer de ese amor, tan embriagador y atractivo. . . . De todos modos, lo mejor era partir y no pensar más en este asunto.

Sin embargo, siguió pensando. . . . Pensaba que toda joven es soñadora y que vale mucho esa flor de lo ideal que embalsama la vida y que puede cultivarse aun teniendo mucha rectitud de espíritu.

Nelly había deseado oír el grito de pasión de un hombre que estuviera más arriba de sus aspiraciones. Era esto un capricho de soñadora? Puede ser, pero era capricho peligroso.

En estos momentos, también ella se desvelaba preocupada por su aventura reciente? Cuál era su propósito real, aquél que reside en lo íntimo y que no suele uno confesarse á sí mismo?

Todas estas cavilaciones hacían pasar ante sus ojos una procesión encantada de cuadros vivos como los que torturaron á San Antonio en tiempos pasados. Y si no rechazaba sus visiones con la feroz energía que le valió la gloria al bienaventurado, deseaba ardientemente á lo menos que el sueño las borrara de su cabeza!

Al día siguiente, en vista de que Lerbon estaba ya restablecido, de Chalmont mandó llamar á Ivon y le ordenó que de acuerdo con Volanabé arreglara la partida para salir á las dos de la tarde; si á las dos y media las mulas estaban listas en la aldea del Pié, á las siete llegarían á Diego y á las ocho cenarían en el *Colibrí*.

Jacques bajo la dirección del Doctor haría los equipajes y entre tanto el Comandante iría á despedirse del Gobernador y otros personajes; volvería á las diez, y á las once estarían en la casa del Mayor.

Dadas estas órdenes salió; y corriendo como si tuviera mucha prisa, hizo su visita á las autoridades. Cuando regresó, encontró á Nelly en gran conferencia con el Doctor, pues había venido á informarse del estado de su salud y hallándolo bien trabó con él conversación y presa de un súbito deseo de aprender botánica é historia natural, hasta le pidió libros para estudiar.

Con mucha naturalidad, sin la menor timidez y como si nada extraordinario hubiera ocurrido la víspera, Nelly estrechó al Comandante la mano y siguiendo su conversación con el Doctor, manifestó que el deseo de instruirse le había venido de un sueño que tuvo la noche anterior.

¡Vaya un sueño raro y espantoso! Una hada se le había aparecido, joven y bella, pero con los ojos sin iris ni pupila, solamente unos globos blancos, inmóviles, como los que tienen las estatuas de mármol. Se acercó á Nelly la besó en el seno sobre el corazón, con labios ardientes y causándole dolores atroces: «he perdido mis ojos á fuerza de llorar, le dijo, y quiero que sufras como yo. . . amarás y no te amarán á tí.» Luego se fué volando por la ventana entreabierta.

Inmediatamente vino otra hada también muy bella, pero tenía los cabellos blancos y le surcaba la frente una honda arruga, apesar de que en todo su cuerpo brillaban las morbideces de la juventud. Esta besó á Nelly la frente haciéndola sentir emoción deliciosa y le dijo: «Yo te traigo el remedio contra las angustias torturadoras del amor; el consuelo y el olvido están en la ciencia. . . hazte sabia!»

Este lindo cuentecillo de hadas lo terminó Nelly como convenía, riendo, y cerró tan bruscamente un libro de botánica que á ser otra persona quien así lo cerró, habría sufrido una reprimenda del Doctor, pero la joven ¡lo hizo con tanta gracia!

—Ya es hora, dijo Nelly; vamos á ver á papá?

Y mientras el Doctor acomodaba cuidadosamente sus libros, ella se llevó á Juan aparte y le dijo:

—Toda la noche estuve soñando con usted. . . no creía amarle tanto.

De Chalmont, no hallando qué contestarle se conformó con estrecharle la mano cariñosamente.

Ella añadió sonriendo:

—Pero estoy resignada y seguiré el consejo de la hada protectora: trabajaré.

Y como de Chalmont sonriente iba á contestar en tono de broma, ella le interrumpió gravemente diciéndole:

—Silencio! no se burle usted de mí, y déjeme creer hasta el fin que me ama usted algo todavía apesar de mis confesiones y apesar de todo. Va á ser tan pronto la partida!

Y para evitar una respuesta ó para aprovecharse del famoso "quien calla otorga" agregó en voz alta y alegremente.

—Bueno, Doctor, ¿ya está usted listo? ¿qué aguarda usted para ofrecerme su brazo?

Abandonando libros, insectos y cuanto tenía, Lerbon vino solícito y quedó tan encantado de sentir apoyarse en él la manecita blanca y suave de Nelly, que no vió cómo una *Epeira* Mauricia se estaba escapando de la caja.

En casa de Nelly el Mayor estaba esperando y en cuanto vió venir á sus invitados se adelantó á recibirlos, manifestando que se encontraba muy aliviado.

—Sí, sí, dijo Lerbon, esto va bien, pero acuérdesse usted de mi recomendación: nada de alcohol! . . .

No la olvido, Doctor.

Pero no bien habían entrado al salón cuando dijo dirigiéndose á su hija:

—Nelly: haz el favor de traer el Vermouth.

Nelly lo trajo y obsequió á las visitas y Stephenson vació tan rápidamente su vaso, que hubo necesidad de llenárselo de nuevo para que brindara con sus nuevos amigos.

Nelly dejó escapar una mirada de decepción, aun murmuró entre dientes algunas palabras de reproche y tal vez para no decirlas en voz alta pidió permiso para ir á ver si estaba ya todo listo por el comedor.

Cuando salió la joven, dijo el Mayor.

—Es una buena hija. Sin ella, este país me sería odioso.

—Lo comprendo, contestó el Doctor; pero para la pobre niña no ha de ser nada grato vivir aquí.

—¿Y que hacer? Cuando no se tiene lo que se quiere, no queda más recurso que conformarse con lo que hay.

Y el resignado Mayor completó con otro vaso de vermouth esta reflexión filosófica.

—Por otra parte, no espero estar aquí mucho tiempo, porque el Gobierno In-



glés me ha prometido un empleo en Canadá si le llevo de Madagascar ciertos informes. . . .

—¿Militares? dijo negligentemente de Chalmont.

—Comerciales más bien? preguntó el Doctor.

El Mayor observó á los dos franceses, vaciló y luego dijo:

—Sí, comerciales, puesto que Inglaterra no tiene sobre esta isla ninguna idea de conquista.

—Así lo creo, dijo el Comandante, puesto que la isla está bajo el protectorado de Francia, pero de todos modos y aunque no sea sino á título de mera curiosidad, siempre es útil recojer datos militares. . . .

—Y guardarlos, agregó riendo Lerbon.

—Bah! lo que yo poseo en este particular, carece de importancia, declaró modestamente el Mayor. De todos los pueblos, el francés es el que ha explorado mejor la isla y el que tiene de consiguiente datos más precisos sobre sus elementos militares.

Nelly que había llegado oportunamente, oyó esta conversación con interés; y sin embargo no tomó parte en ella y se limitó á decir al Mayor, que el almuerzo estaba servido.

El almuerzo no fué alegre ni expansivo, pues el Mayor no brillaba por su inteligencia y no pensaba sino en beber sin llamar la atención; el Comandante parecía preocupado; Nelly triste seguramente por la partida de sus nuevos ami-

gos, en vano se esforzaba por aparecer galante y solo el Doctor contento y rejuvenecido aparecía con rostro tan radiante como el día en que descubrió que había arañas diurnas y arañas nocturnas.

Cuando pasaron á la sala á tomar el café, Nelly desapareció un momento y fué á su cuarto de donde sacó un paquete cerrado que decía en la cubierta:

«Itinerario secreto de Majunga á Tananarive por el Mayor H. Stephenson»

Tomó la pluma y escribió abajo: Recuerdo del autor al Comandante del *Colibrí*. Luego volvió á la sala, guió hábilmente la conversación á tratar de los orígenes de la raza hova, y cuando vió que su padre y el Doctor se arrojaron con ardor en ese asunto, dijo en voz alta:

—Comandante: mientras estos señores discuten ¿quiere usted darme su opinión sobre unas acuarelas que he pintado? Venga usted á verlas.

—Con mucho gusto, Señorita; dijo el Comandante sonriendo aunque le alarmaba la idea de una entrevista tan peligrosa como la de la víspera. Ya que ella tuvo la generosidad de no abusar

de su triunfo pues comprendía que no podía haber matrimonio entre ambos, habría sido mejor evitar toda confidencia y separarse de golpe sin una nueva lucha. De antemano temía él la fascinación que Nelly ejercía sobre su espíritu, que lo embriagaba y lo enloquecía. Pero ¿cómo evitar ese peligro?

El Doctor los vió partir con envidia, casi sintió celos, y lamentó haberse dejado aprisionar en las ruedas de la etnología; pero tuvo que quedarse con el Mayor, el cual aprovechó al instante la salida de su hija para beberse un vaso de whisky.

Una vez en su cuarto, Nelly se puso á volti-
jear nerviosa, cortada, como quien no sabe lo que quiere, y luego, súbitamente resuelta, un tan-

to pálida y con los ojos bajos abriendo el cajón de una cómoda:

—Aquí están mis horribles acuarelas de cole-giala, pero no lo traje á usted para enseñárselas, no! Dentro de unas horas va usted á partir y es casi seguro que no nos volvamos á ver nunca. Nada tenemos ya que esperar el uno del otro, ni nada tampoco que temer. . . . Déjeme acabar, se lo suplico. . . . Nada que temer. Lo digo sobre todo por mí, pues una vez hecha nuestra confesión recíproca y después de mis revelaciones, mucho tendría que temer si usted se quedara, pero nada si se va. . . . Respecto á usted guardará un recuerdo de sabor especial en el depósito de sus otros recuerdos. . . . primero con un poco de remordimiento que se irá borrando hasta que venga el total olvido. . . luego se casará usted en Francia. .

—Pero Nelly, querida Nelly ¿está usted loca? ¿Qué está usted diciendo así!

—Comprendo su admiración. No está usted habituado á oír hablar así á las niñas de mi edad pero eso es porque su situación difiere mucho de la mía, lo cual es una bendición de Dios para ellas que no tienen ni mi corazón ni mis deseos ó que aparentan no tenerlos pues quedarían desoladas si alguien sospechara que sabían ciertas cosas. . . que sin embargo no ignoran. Pero el tiempo vuela, mi querido Juan; no tengo intenciones de quejarme ni de llorar; amo á usted y. . . .

Sintiendo que las pasiones rujan en su interior, conmovido por este amor doloroso y vibrante que veía en ella y que juzgaba sincero, en estos momentos de eterna despedida, Juan la interrumpió diciendo:

—Es una locura decir esto al partir, pero yo también amo á usted, niña, como nunca me había creído capaz de amar.

—Justamente porque nos estamos despidiendo me he atrevido á decir á usted que le amo, pues comprendo que en otra ocasión tal vez no me creería. Pero ahora no duda usted ¿verdad que no duda?

—No, Nelly: te creo y te amo, Y la estrechó nerviosamente entre sus brazos.

Ella se dejó acariciar; y con la cabeza reclinada en el pecho de Juan prosiguió á media voz:

—Quisiera ser fuerte, pero no puedo contener mis lágrimas; qué feliz soy! Mi confesión creída por usted contiene la disculpa de mi conducta tan condenable en apariencia. —No me juzgue usted con rigor. . . . si me he dejado arrastrar sin resistencia en esta pendiente, es porque sabía yo que se iba usted y no quise que se escapara la única hora feliz de mi vida.

—¡Que encanto tiene tu voz, Nelly, y que dulzura tienen tus labios! Te amo, te amo. . . .

Y bruscamente desatando el abrazo que los ligaba, retrocedió algunos pasos y dijo con firmeza:

—Te amo, y me quedo.

Un relámpago de alegría pasó por los ojos de Nelly, pero conteniéndose tomó con efusión la mano de Juan y le dijo:

—No: no puedo consentir eso. Es preciso que parta usted en seguida y que vuelva á su barco. Allí lo pensará usted, y si es cierto que me ama, ya encontrará usted la manera de volver á verme. Pero lo que más le conviene á usted es olvidar todo esto y no buscarme mas.

—Me autoriza usted á escribirle algunas veces?

—Y contestaré con exactitud. Pero vamos á la sala á ver al Doctor. Ah! me olvidaba: vea usted esto, es un itinerario que mi padre juzga muy importante y que le regalo á usted con una dedicación de mi letra.

—No, Nelly, no puedo aceptarlo sin autoriza-

ción del Mayor, y luego. . . . qué me habla usted de itinerarios en estos momentos en que sólo me preocupa el amor?

—Tiene usted razón: dejemos eso y vamos á la sala. Después lo llevaré á la casa de usted y eso me dará pretexto para verlo una vez más. ¡Qué feliz me hace la convicción de que me escribirá usted! Vamos. . . .

Al pasar frente al espejo, Nelly se arregló rápidamente el traje y los cabellos, luego abrió la puerta y se dirigió á la sala.

Juan que estaba como embriagado por la felicidad, recobró su sangre fría al ver al Mayor y como si tuviera prisa de retirarse, dijo alegremente:

—Pienso, Señor Stephenson, que habrá usted



encontrado grata la compañía de mi amigo, pero el tiempo ha volado y me veo en la necesidad de despedirme de usted y de la Señorita Nelly. No olvido la galante hospitalidad de ustedes y espero que la próxima vez que venga yo á Diego, me pagarán mi visita.

—Ay! no puedo prometerlo, porque los hovas no me consienten mucha libertad. . . . Sin embargo. . . .

—Sin embargo, heremos todo lo posible, añadió Nelly, notando que ya la lengua de su padre no estaba muy expedita. Me agrada mucho visitar un barco de guerra y ver además la rica colección de arañas del Doctor Lerbon.

Al decir esto último, dirigió al sabio una de sus más arrebatadoras sonrisas.

—Señorita Nelly, dijo amablemente el Doctor: la visita de usted será para mis arañas y para mí un gran favor. Adios, y no hay que creer en sueños. Quién no ha de amar á usted? Adios, señor Stephenson; de Diego enviaré á usted las drogas prometidas.

El Mayor dió las gracias y se excusó de no acompañar á sus invitados, en tanto que Nelly murmuraba:

—¡Quién sabe!

Luego la joven estrechó la mano á sus amigos y luego permaneció en la puerta siguiéndolos con la mirada hasta que desaparecieron á lo lejos.

Cuando esto fué, corrió á su aposento, se dejó caer en un sillón y lloró. . . . Por qué?

¿Alegría, tristeza, emoción, inquietud? De todo había un poco en las lágrimas de Nelly.

III.

EL PLAN DE NELLY.

En la noche de ese mismo día, á las ocho, un bote conducía de la rada de Diego Suárez á bordo del *Colibríal* Comandante, al Doctor y Prince.

Prince?

Sí, Prince también.

El pobre perro errante, cambiaba otra vez de dueño y veía á la población en que nació; sin demostrar por esto último la menor alegría. Por el contrario, lloraba y olfateando sin cesar por todos los camarotes, arrojaba gritos cortos y plañideros, lo cual duró toda la noche.

He aquí lo que había sucedido:

Algunos minutos antes de que la caravana saliera de Ambohimarina, mientras Jacques, Ivon y el Doctor mismo, despachaban los equipajes, Nelly acompañada de Prince, llegó muy fatigada y encontrando al Comandante solo en el patio, le explicó por qué había venido tan tarde, á pesar suyo, para despedirse. Por más que había empleado horas y más horas en buscar el itinerario, se le había extraviado y por eso no lo pudo traer como tenía prometido. Quién lo habría tomado? Sería Volanabé que estuvo en su casa en el breve rato empleado por ella para orar en el templo por el buen viaje de sus amigos? No es posible que se hubiera atrevido á entrar al aposento de Nelly. Acaso ella misma, que con lo de la partida tenía la cabeza á pájaros, hubiera guardado el paquete quien sabe á dónde.

Juan le dijo:

—Es usted una chiquilla. Cree que tengo necesidad de algún objeto para acordarme de usted?

De todas maneras, Nelly decía que le era muy doloroso haber perdido tan preciosos apuntes y eso en momentos en que la partida era inmediata y no volverían á verse más.

—Por qué no hemos de reunirnos otra vez? dijo Juan: no lo prometo, porque no puedo: pero, quién sabe?

—No quiero esperar, contestó.

Nelly, y me resigno convencida de antemano. Pero pido una sola cosa: cumpla usted su promesa de escribirme siquiera una carta.

Acababa de decir estas palabras, cuando se oyó á Ivon que decía desde afuera

—Faltan cinco minutos para las dos: voy á avisar que todo está listo, vámonos.

Nelly había oído bien: quedaban no más que cinco minutos. Entónces se dió prisa y enjugando una lágrima, murmuró:

—Juan: hágame usted un favor muy grande. Va usted á decir otra vez que soy una chicuela pero ¡me haría usted tanto bien aceptando. . . ! Quiero que se lleve usted consigo á Prince y que tenga usted presente que lo he abrazado mucho y le profeso un gran cariño. Esto es una tontería, pero no rehuse usted, se lo suplico, el tiempo corre, Ivon va á venir, y aún falta que me despida yo del Doctor: tranquilícese usted, soy fuerte y no lloraré, sonreiré si fuere necesario, ya verá usted. . . . Abrácame pronto, pronto ¡oh! cuánto le amo! Con todo mi corazón.—(Continuará.)



La siesta

[A Rubén M. Campos.]

Descansa, es la hora. De lo alto descende
en sueltos girones la roja calina;
el Sol—igneo loto—su cáliz enciende
y el fuego que esparce los montes calcina.
Descansa mi reina, descansa, ya es hora:
la tierra vomita su aliento de fragua,
ya todas las flores marchitas están...
el pez—áurea flecha—nervioso desflora
las ondas del agua,
y sale á los bancos de arena el caimán!

**

Su oliente resina sudó el liquidámbar
—aroma enervante, selvático y rico—
y el aire con ténues perfumes de ámbar
se antoja que agita sedenio abanico.
Te aguardo impaciente, no tardes, te espero,
la hamaca á la sombra del plátano oscila,
su toldo es el toldo de un gran parasol...
ya se oye la flauta del indio hamaquero...
¡Oh ven, mi tranquila,
mi tierna, mi dulce torcaz tornasol!

**

¡Cuán bello que ries!—Tu boca es un broche
de rojos claveles; y en tu hombro albeante,
tu obscuro cabello semeja hosca noche
que enreda sus sombras á un alba triunfante.
¡Tus ojos!—En ellos con fúlgido fuego,
Amor—mariposa voluble—hace gala
batiendo dos pétalos de oro y azur;
en ellos un vivo placer vuela ciego
y audaz quema el ala...
¡en ellos esplende la lumbre del Sur!

**

Pareces querube tendido en la cuna
la música oyendo de eclógicos sor es,
ó bien, tremulante rayito de luna
prendido en un copo de lácteos bellones.
Descansa, mi reina, descansa, ya es hora:
la tierra vomita su aliento de horno.
ya todo se aduerme, no se irgue una flor...
allá entre las ramas el ave canora
sacude el bochorno,
y en tanto, yo arrullo tu ensueño de amor.

JUAN B. DELGADO.

La canción del nauta, del mar y de la onda.

Un barco! tan singular,
que finge á la mente incauta
la visión de un sueño nauta,
peregrino del azar...

De su prora, si el bramar
del viento no las ahoga,
surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde:
una voz que dice: ¡dónde!
y otra voz que ordena: ¡boga!

**

Hincha, rugiendo, el titán
Atlante su ola fiera,
como un gran vientre que fuera
á parir á Leviathán;
y entre los soplos que van
combando el mar que se azoga,
surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde:
una voz que clama: ¡dónde!
y otra voz que ordena: ¡boga!

**

Pobre ánima que avanza
con su galera por los
océanos, hácia un Dios
y un ribazo... que no alcanza!
Vanamente su esperanza
con el abismo dialoga...
surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde:
una voz que gime: ¡dónde!
y otra voz que ordena: ¡boga!

AMADO NERVO.

A Gliffoéh

[Del álbum del Sr. Eduardo Melo y Andrade.]

Belleza triunfadora que vuelve del torneo
Con el escudo heráldico cubierto de esplendor
Detente: soy poeta! escucha el aleteo
De m's galantes rimas. Son ellas el trofeo
Que traigo hasta tus plantas; cantando en tu loor.

Yo ví... yo ví tu triunfo, olímpica grandeza!
Y ví como rodaron vencidas, á tus piés,
Deidades con tesoros inmensos de belleza,
Altivos y potentes blazones de realeza
Manchados ya los gules, sin brillo el ancho frés.

Yo ví las regias armas que intrépida esgrimiste:
Tu rostro de cáucasica, tu altivo porte real,
Los rayos de tus ojos—saetas que encendiste
En luz de alguna estrella, y luego convertiste
En llamas de un ensueño que vuela al ideal.

Y oí que la estruendosa, gentil clarinería,
Regó sus notas de orc en himno triunfador,
Y al eco de su inmensa cascada de harmonía
Siguió el crujir de un beso... Un beso con que ungió
La gloria tu alba frente de diosa del amor.

Y ahora que ya vuelves del noble y leal torneo
Con el escudo heráldico cubierto de esplendor,
¡Oh, Reina! pasa... pasa y lleva mi trofeo:
Las rimas que rumorán un tímido aleteo
Acá, dentro de mi alma, cantando en tu loor!

LUIS FRÍAS FERNÁNDEZ.

La funeraria

Cae la sombra inmensa de la noche
como un manto de luto sobre un huérfano
que doblaga el pesar del abandono
con su carga de enormes desalientos.

Oh, cuán triste es el llanto de los hijos
que cae sordamente sobre el féretro.
de los padres! cuán tristes son las lluvias
sobre la tierra que segó el Invierno!

La muerte llega vacilante y pálida,
cubierto el rostro por el manto negro,
y como un visitante que importuna
se sienta silenciosa sobre el lecho.

Y el moribundo, que la ve acercarse,
prueba á esquivar el soplo de su aliento
que le hiela las sienas, y se iergue
con el terror asido á sus cabellos.

Qué noche de amarguras! El cadáver,
en la torva quietud del aposento,
medita en las eternas soledades
como un árbol caído en el desierto.

Y en torno del difunto se congrega,
bajo las luces de los cirios trémulos,
como un collar de lívidas bacantes
un tropel pavoroso de recuerdos.

Oh, cuán triste es la luz de los blandones
bajando temblorosa sobre el velo
de las siniestras viudas sollozantes
que atenacean sin cesar el vértigo!

Cruzan aleteando los suspiros
en la estancia que puebla el desconsuelo,
como parvada de nocturnas aves
hijas de la Tiniebla y el Misterio.

Y la exaltada mente que naufraga
de la pavorosa en el profundo piélago,
ve surgir cien diabólicas quimeras
como parvada de voraces cuervos.

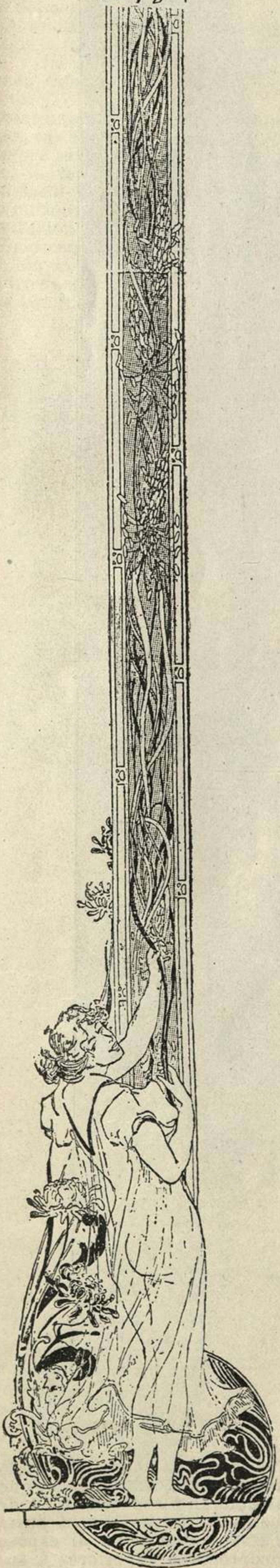
Oh, cuán triste es la marcha sigilosa
con que sigue al cadáver el cortejo!
cuán pensativos mecense los sauces
en la fría quietud del cementerio!

Y cuán tristes las flores de las tumbas!
y los cipreses del jardín, qué tetricos!
sólo el ave gorjea (acaso el ave
posee de la muerte los secretos)

Y la tierra ha caído poco á poco
con su redoble de sonidos huecos,
y las coronas cubren el sepulcro,
y los pasos se pierden á lo lejos.

Y despertando las tinieblas, miran
cómo en fecunda inspiración el viento
va entonando un solemne *De Profundis*
del mustio sauce en los sonoros nervios.

AURELIO GONZALEZ CARRASCO.



PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1.—TRAJE PARISIENSE DE ESTÍO

La mujer modesta

El talento de la mujer
consiste en saber ser
modesta.

L. I. A.

Los padres que anhelan para sus hijas un porvenir lleno de contento y delicia, que abrigan la lisonjera esperanza de que sean el fuerte báculo que lo

sostenga en la edad decrepita, los cuiden con cariñosa solicitud cuando se encuentren postrados en el lecho del dolor, abatidos por las enfermedades del cuerpo, y les prodigan sus consuelos en los sufrimientos del espíritu y el tedio del alma, deben inculcarles desde la niñez los bellos sentimientos del pudor, el amor al trabajo y á la virtud, alardeando siempre con candorosa modestia.

Una educación demasiado descuidada y tolerante,

hace á las niñas acostumbrarse á la malicia: cuando lleguen á ser unas señoritas nada sabrán hacer que sea de provecho; se acostumbran á esperar todo de sus padres, de sus hermanos y muchas veces hasta del extraño: si llegan á casarse precipitan al esposo y lo hacen contraer compromisos superiores á sus fuerzas, sólo por satisfacer sus caprichos; descaradamente demostrarán su disgusto por los trabajos domésticos; serán envidiosas y egoistas, y murmurarán

del prójimo, tildando á las de su sexo que visten el sencillo ropaje de la modestia.

La niña que recibe en el hogar la educación, que le dá una madre cariñosa y buena, que se desvela por tener buenos ejemplos y á quien se la inculca el desprendimiento y el desinterés, la modestia y el pudor, será una mujer respetable y respetada, merecerá la consideración de todo hombre honrado; la estimación que se captará no se limitará á los suyos solamente, si que también se hará extensiva entre todos los que la traten y vean con los ojos del desinterés sus buenos sentimientos, si es pobre, tendrá conformidad en las necesidades que indudablemente la pondrán en la lucha constante con las tentaciones de los hombres buscará con el trabajo honroso el modo de hacer llevar la vida honestamente: despreciará toda riqueza que no sea adquirida con delicadeza y sin detrimento del honor y la virtud, si la desgracia se empeña en sembrar espinas de disgusto en el corazón, sumiéndola en el infortunio en donde será víctima de los males y precipitada en la sima del descrédito, y viéndose agobiada por la fatiga tengan que solicitar la protección de las almas caritativas, lo hará con delicadísima modestia: demostrará con firme abnegación que no hay poder humano que pueda quebrantar una voluntad enérgica y mucho menos corromper los sentimientos cuando éstos se han formado en la escuela del pundonor: si es favorecida por la fortuna, prestará todo género de alivio al necesitado, prodigará con desprendimiento las buenas obras, solicitará al menesteroso para apagar su sed de alivio con el bálsamo del consuelo.

¡Ah! mucho puede influir la modestia en el porvenir de la mujer; ella puede evitar múltiples sufrimientos y las grandes penalidades á que está expuesta por la debilidad de su sexo y la veleidad de su carácter.

Ninguna mujer puede presumir de que con su belleza, sus atractivos y coquetismos basta para que el hombre se prosterne y la rinda amoroso culto, no es preciso reunir aquellas cualidades que forman las delicias del corazón y llenan al espíritu de consoladoras misiones ensanchando el alma con grata é inefable ilusión.

Penetremos en un lugar en donde la desgracia ha sumido en la pobreza á una familia, en él hay una madre anciana, y fatigada por el peso de los años, más aún, por el infortunio; el buen esposo y excelente

padre que la sostenia, murió dejando con su dulce compañera, tres hijas en la mas completa orfandad; á la anciana como toda buena madre, es natural que la preocupe el porvenir de sus hijas, ella sabe que estas están bajo la vijilancia de un juez severo, que castiga sin contemplaciones, y muchas veces con demasiada injusticia —la sociedad: también conoce por experiencia las murmuraciones del vecino, que con ojo malicioso escrudiña todo lo que puede servirle de crónica para divulgarlo en calidad de *secreto*; pero desgraciadamente dicho secreto se extiende por todas partes haciendo blanco de calumnia á las más puras reputaciones; pues sabido es que cada cual quita y le aumenta según su capricho. Interroguemos á las jóvenes, veámos en qué estado se hallan sus ánimos.

Ah lector! no lo dudeis, si la modestia ha sido inculcada en sus corazones, oiremos palabras de resignación y conformidad, sus castísimos labios serán incapaces de proferir una blasfemia; ocultarán sus males con dignidad y pudor; rehusarán adoptar una mejora en sus sufrimientos si esta puede lastimar en lo íntimo de sus sentimientos: mas si por el contrario descuidada ha sido la educación, llena de mimo y tolerancia... entonces ¡ay! solo veremos actos de vergonzosas impúdicas, que nos horrizarán porque la inmoralidad penetra en donde no ha habido freno para tener las pasiones, las niñas educadas en la escuela del interés, que ven malos ejemplos en sus mayores, no tendrán pudor ni mucho menos modestia; el materialismo metalizará sus corazones, en sus ojos no habrá lágrimas porque sus sentimientos estarán disecados por la indiferencia.



FIG. 4—TRAJE SASTRE

FIG. 5—TRAJE PARA NIÑA

Las primeras podrán tener penalidades múltiples en la vida, pero bajarán á la tumba con la paz del alma y conciencia limpia. Las segundas satisfacen sus mundanales caprichos, colmarán sus deseos, gozarán de todos los gustos que pueda haber en la tierra, ma: el día funestísimo del desengaño, cuántas van á exhalar el último suspiro en el misero lecho de un hospital, olvidadas completamente y lamentando no haber sido modestas sufren cruentísimos remordimientos.

Puede que haya alguien quien nos juzgue exajerados en nuestros escritos, puede que sean muchos los que los desapruében en todos sus sentidos; empero, deseamos contribuir al perfeccionamiento de la humana especie de la cual formamos parte; y en este concepto, nada; ni nadie podrá hacernos retroceder; hemos experimentado todo género de desengaños; hemos sentido y llorado con nuestra buena madre multiplicadas calamidades en medio de la desesperación; á ella, y sólo á ella debemos aquellos consejos que nos han desviado del mal; ella nos ha infundido el respeto que siempre hemos tenido por la mujer modesta; ella nos ha recomendado la moderación en todos nuestros actos, ella constantemente nos exhorta para que no desmayemos en inculcar buenos ejemplos en la incipiente juventud, y ella en fin, es la que ha formado nuestro corazón, siempre humilde ante la razón; siempre sensible por las ajenas desgracias, y muy en particular por la mujer que reúne las bellísimas dotes de la modestia.

"Siempre se puede hacer el bien aún en la indigencia." Asi pues, creemos hacer un bien á algunas madres recordándoles que lo primero que deben enseñar á sus hijas es el ser modestas, de manera que puedan evitar en todo tiempo y circunstancias, caer en el proceloso mar del descrédito

EMILIO GIMON S.



FIG. 2—TRAJE DE PIQUÉ

FIG. 3—TRAJE DE PAÑO AMARILLO



FIG. 6—MODELO DE PRIMAVERA



FIG. 7—TRAJE DE CICLISTA

Lectura para las damas

LOS QUE SUBEN Y BAJAN

Una gota de agua que había estado millares de años con las demás en un lago, sintió de pronto que se transformaba y adquiría ligereza extraordinaria. Estaba evaporándose.

—¡Tengo alas!—dijo flotando sobre el lago—Adios amigas. Ya había presentido muchas veces que mi naturaleza era distinta de la vuestra. Voy á las alturas, al país de las nubes y de las águilas. Ya no nos veremos más.

—No te enorgullezcas—le dijo otra gota que había viajado mucho.—Yo he estado en esas altas regiones y sé que no se permanece en ellas mucho tiempo. Pide á Dios que cuando caigas, quizás hoy mismo, te deje volver á este lago tranquilo. Eres como todas nosotras: un poco de calor te eleva; un ligero enfriamiento te hace descender.

—Aunque eso sea—repuso la soberbia partícula de vapor. Ha llegado mi época feliz.

—¿Quién sabe? Acaso estás destinada á hundirte en el terreno y encerrarte para siempre en una cueva oscura.

Algunos días después, la gota, condensada, caía sobre una hoja, resbalando por ella temblaba, resistiéndose á desprenderse.

Venía de los cielos: iba fatalmente á rodar sobre la tierra.

FERNÁNDEZ BREMON.

AMOR E ILUSION

Quieta te has de quedar, voluble alada; le dice el niño: aleva á la traviesa mariposa. ¿A qué ir de flor en flor diciendo á todas que las amas, para luego dejarlas engañadas y tristes?

Y la mariposilla, irónica, le responde:

—Dame, niño tu constancia; dame tu quietud, dame tu fe. Sentado estás en el brocal de esta fuente, aguardando á las zagalas sencillas que no han amado para herirlas en el corazón, una ahora, otra después, y á todas sin piedad. Te finges ciego y no veras los inocentes pechos á que disparas. Yo beso á las flores, tú enloqueces á las doncellas. Yo vuelo por izquierda y me

denuncian mis leales primores. Tú acechas, tú acometes sin dar la cara á tus víctimas, que agonizan maldiciéndote porque hieres y no curas, porque matas y no mueres.

—Calla, tonta, que eres del engaño emblema. Mira tus vivos colores; polvo vano que en mis manos se deshace, así tus halagos, así los giros bellos con que facinas las almas ingenuas.

—Razón tienes, rapaz ladino. Mi belleza es polvo si la palpan. En cambio, si tú tocas los corazones, los conviertes en llamas y luego en cenizas. Déjame ir, que á nadie ofendo. Yo no iré á denunciar tu acecho, pero si á las zagalas encuentro les diré. "Cazadorcitas de mariposas, seguidme, que soy la tímida ilusión. Huid del Amor, que es audaz y traidor!"

N. BOLET PERAZA.



FIGS. 10 Y 11—DOS MODELOS DE JACQUETS

RIFA DE MUJERES

Es por demás curiosa la costumbre que hay en algunas poblaciones de la provincia de Smolensko, del imperio ruso.

Cada tres meses se escoge una joven bella y virtuosa con objeto de rifarla; se emiten 5000 billetes de á rublo cada uno, á los que tienen derecho los jóvenes y viudos de la población y de las localidades vecinas.

Hecho el sorteo, el agraciado puede casarse con la joven ó ceder sus derechos á algún amigo.

Así mismo la rifada puede rehusar al favorecido por la suerte.

La joven recibe los 5000 rublos que produjo la rifa como dote, y en el caso de que no se verifique el enlace, se reparte la mitad á cada uno y en paz.

Por lo general las jóvenes rifadas aceptan como marido al designado por la suerte, siendo esos matrimonios un modelo de felicidad conyugal.



FIG 8—MODELO DE PRIMAVERA



FIG. 9—TRAJE SASTRE

EL SERVICIO DOMESTICO

Quéjense y con justa razón muchas familias de la desmoralización que hay entre los criados. Raro es, en efecto, el que cumple honradamente con sus obligaciones y que puede llamarse un buen sirviente, pues generalmente sucede que los que se ofrecen á desempeñar el oficio de criados, tengan defectos y vicios que constituyen un verdadero tormento para las familias. Inveterado es el vicio de *sisar*, de suerte que ya no llama la atención y por lo mismo no es á él al que nos referimos, sino á otros más graves y trascendentales. Entre la gente de nuestro pueblo no es por fortuna frecuente el robo, pero en cambio son muy comunes los casos de hurto, cometidos en las casas casi siempre por los criados, que como no son cogidos *infraganti* niegan descaradamente el hecho, y hasta se atreven á amenazar con *dejar el servicio*, de suerte que los amos tras de haber perdido su dinero, ropa ó alhajas se quedan sin sirvientes. La embriaguez que los insolenta, los hace insubordinados y perder el respeto y la obediencia, única cualidad que conserva la disciplina doméstica; puede decirse e por lo mismo que es muy raro el sirviente que no es altanero é irrespetuoso ocasionando disgustos á las familias que por no verse privadas de sus servicios tienen necesidad de sufrirlo con vicios y todo. A estos males debe agregarse el más funesto, el más perjudicial, el que causa más escándalo y del cual adolecen las criadas. Casi todas ellas ejercen la prostitución clandestina, siendo el vehículo para propagar las enfermedades infecciosas que hacen sus víctimas á jóvenes inexpertos ó poco escrupulosos que no temen contraer tales enfermedades, ignorando sin duda, que minan su existencia y la de sus descendientes.

No exageramos asegurando que los que se dedican al servicio doméstico constituyen una verdadera plaga social que tenemos la desgracia no ya de tolerar sino hasta de disimular, puesto que necesariamente tenemos que recurrir á ella para los trabajos domésticos. Pero si es inevitable, creemos que puede remediarse hasta donde sea posible haciendo que la autoridad expida un reglamento sobre criados y expidiéndoles boletas que sean una garantía para las familias. De este modo, lo repetimos, si no se evitan se remedian al menos los males que ligeramente hemos señalado.

FIG. 6—MODELO DE PRIMAVERA.

Es de tafetán azul todo el cuerpo, blusa elegantísima que se abre sobre un gran plastrón de plumetis á cuadros y se cierra á la izquierda por una hermosa roseta.

Cuello y puños mosquetero.

Cinto del mismo tafetán con adornos de cinta que se repiten al borde de la blusa.

FIG. 7—TRAJE DE CICLISTA.

Es de sarga, estilo sastre y constituye uno de los modelos más en boga en la actualidad.

FIG. 8—MODELO DE LA ESTACIÓN.

Es de piqué clavel, estilo sastre

Jacquet con elegantes basquiñas y aplicación severa de coselete, adornada con cuatro órdenes de cintas

Manga justa con ligeros galones prendidos con botones fantasía.

FIG. 9—TRAJE SASTRE PARA PASEO

Todo de sarga. Elegante jacquet abierto con adornos de espigas.

Falda lisa con dos cortes á izquierda y derecha con adornos de espigas también. Gran plastrón de blonda blanca

FIGURAS 10 y 11.—DOS MODELOS DE JACQUET.

Dámoslos para para que se observe la disposición de las solapas y los bordados en los trajes estilo sastre, más en boga en esta estación.

FIGURAS 12, 13, 14, 15 y 16.

Damos un conjunto de modelos ligeros de estación para el campo, todos de linda factura y de suprema elegancia.

La figura 14 muestra las cubiertas más en boga de los corsets,

La 15, dos blusas, marinera la una y la otra para casa del más encantador estilo.

Llamamos la atención de nuestras lectoras, sobre la matinee de nansú que es de la más alta novedad



FIG. 12—TRAJE DE LINO PARA EL CAMPO

Nuestros grabados

FIG. 1—TRAJE PARISIENSE DE ESTÍO.

Es todo de linón clavel muy pálido, hecho con falda que tiene un pleno delantal figurado.

El cuerpo forma ligeros volantes del mismo modelo que en la falda, ornado por dos hermosos galones á derecha é izquierda, y otros pequeños que ornán el cuello

Mangas de satín lisas con elegante aplicación en los remates y surgiendo de abullonados plenos del más hermoso efecto.

FIG. 2—TRAJE DE PIQUÉ

Es de estilo sastre con falda absolutamente lisa

Jacquet ligero sin más adorno que una aplicación bordada á la izquierda y en el borde inferior y tres botones fantasía.

FIG. 3—TRAJE DE PAÑO AMARIYLO.

Es de paño de estío acachemirado muy ceñido, con gran adorno de cintas ondulantes, así en la falda como el borde de la vuelta de la blusa y en las solapas redondas que en dos órdenes caen sobre ella.

Gran corbata de blonda antigua, estilo papillón

FIGURAS 4 y 5

TRAJE SASTRE FROCK PARA NIÑA

El traje sastre es de sarga de seda con tres aplicaciones de cinta en la falda que es de amplio vuelo.

Jacquet fantasía con el mismo adorno. Grandes solapas doblé de raso blanco y corbata de muselina de seda.

Mangas justas, ligeramente abullonadas con el mismo adorno.

El frock para niña es de plumetis gris acero á cuadros con un plastrón de muselina de seda plisado. Blusa holgada y alejillas con botones fantasía en la falda y en la blusa.



FIG. 13—MATINEÉ DE ESTÍO DE NANSÚ Y BLONDA

RECETAS UTILES

EL IPNOTISMO EN LOS GALLOS

Mejor que hipnotismo puede titularse catalepsia, el fenómeno siguiente:

Sobre una mesa cuyo tablero sea blanco, se suje un gallo obli gándolo á bajar la cabeza hasta que ésta toque el tablero.

Se traza con un lápiz negro y muy despacio, una raya que parta del pico del gallo, teniendo cuidado de que la cresta de éste no le impida fijarse en la línea, y cuando ésta alcanza una longitud de 50 centímetros, el gallo experimenta la catalepsia, quedando inmóvil por completo con los ojos abiertos y fijos en la raya. Así permanece cerca de un minuto volviendo después á su estado natural.

Este experimento, que produce el mismo ó tal vez mejor resultado si el tablero de la



FIG. 15—BLUSAS DE VERANO PARA SEÑORITAS

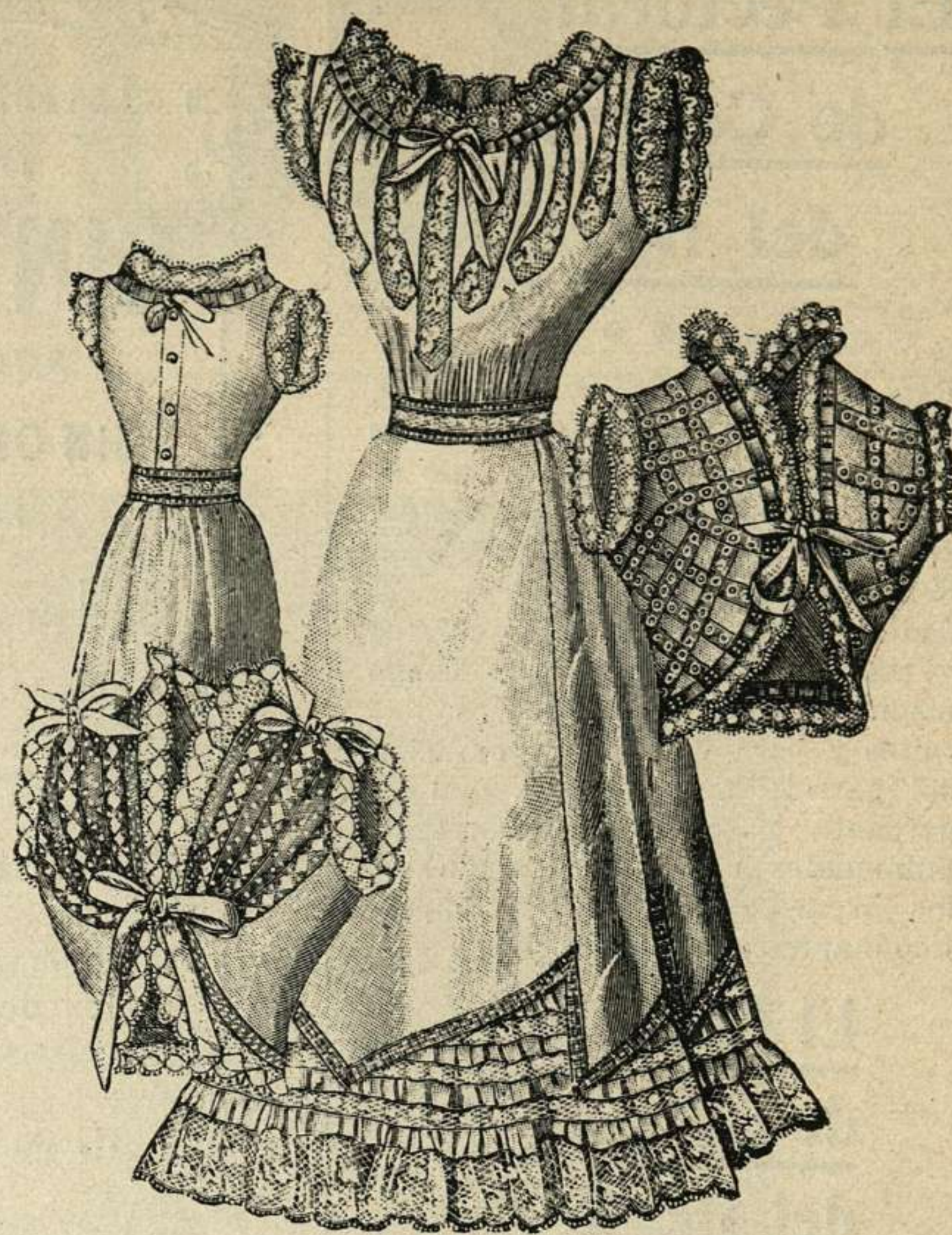


FIG. 14—CUBIERTAS DE CORSÉ

mesa está pintado de negro ó color muy obscuro, y la línea se traza con tiza, fué ejecutado por primera vez á mediados del siglo XVII, y de él habla el P. Kircher en su obra *Ars magna*, publicada en Roma en 1646.

Puede decirse que este experimento fué el génesis del hipnotismo.

PINTURA PARA PRESERVAR MATERIALES

Para impedir la oxidación del hierro, la descomposición de la madera y la alteración de las piedras, pueden pintarse los objetos hechos de aquellos materiales con una pintura que se aplica en caliente, constituida por los siguientes ingredientes y proporciones:

Cauchouc ó gutapercha....	235 gramos.
Pez de Noruega.....	125 "
Minio.....	120 "
Cera Virgen.....	160 "
Sebo.....	100 "
Betón de Judea.....	100 "
Blanco de plomo.....	20 "

Estos productos se derriten sucesivamente en una vasija puesta á un calor suave, agitando bien la mezcla para que resulte homogénea.

COLD-CREAM

La perfumería presenta al comercio muchas clases de cold-cream. La fórmula dada por Lunel es la de rosa, como sigue:

Aceite de almendras.....	500 gramos.
Agua de rosas.....	500 "
Cera blanca.....	30 "
Blanco de Ballena.....	25 á 30 "
Esencia de rosa.....	3 "

Fúndase la cera blanca y el blanco de ballena en el aceite de almendras, mézclase agitando el agua de rosas y luego se perfuma con la esencia y se obtiene un superior cold-cream.

Se hacen cold-creams á la almendra, á la violeta, naranja, reemplazando la esencia de rosa con la esencia de las plantas citadas.

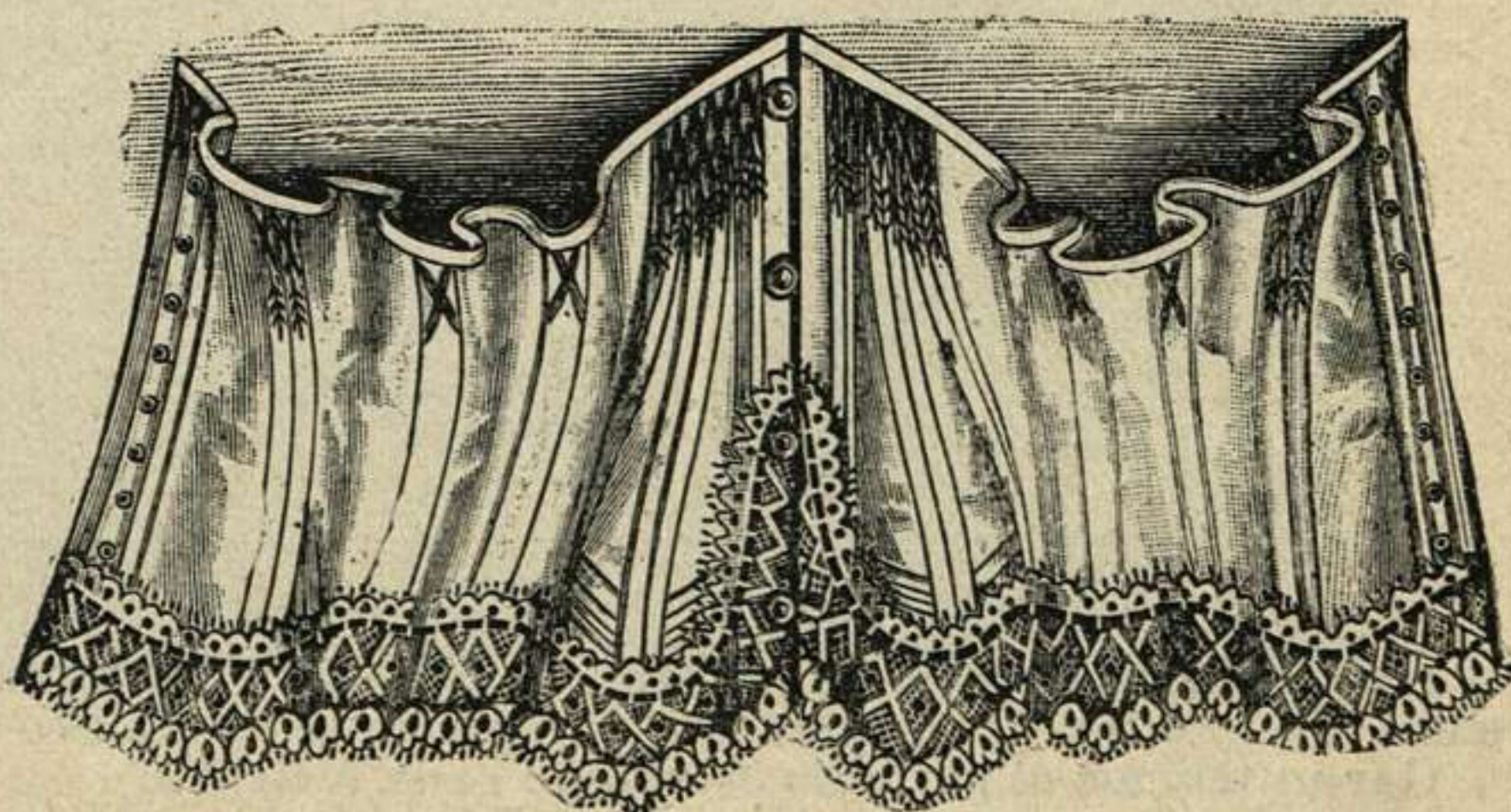


FIG. 16—CORSET PORDADO

**El Pectoral
de Cereza
del Dr. Ayer.**

Para Resfriados, Tosas, Bronquitis. Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incipiente no hay remedio que se aproxime al Pectoral de Cereza del Dr. Ayer. Calma la inflamación de la garganta, destruye las mucosidades irritantes, suaviza la tos y predispone al descanso. Como medicina casera para casos foliculitos y para el alivio y curación del garrotillo, tos ferina, mal de garganta y todos los desarreglos pulmonales á que están expuestos los jóvenes, es de un valor terapéutico inapreciable.

**El Pectoral
de Cereza
del Dr. Ayer.**

PREPARADO POR

Dr. J. C. Ayer y Ca.,
LOWELL, MASS., U. S. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.

Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. El nombre de —Ayer's Cherry Pectoral— aparece en la envoltura y de realce en el cristal de cada frasco.

**Las enfermedades
DE LA
CINTURA
SECURAN**

**SIN OPERACION
POR EL**

Dr Luis Clément

Especialista para las enfermedades de las señoras, afecciones de la

MATRIZ de las MAMAS

Violenta y radical curación de enfermedades secretas, en todos sus grados.

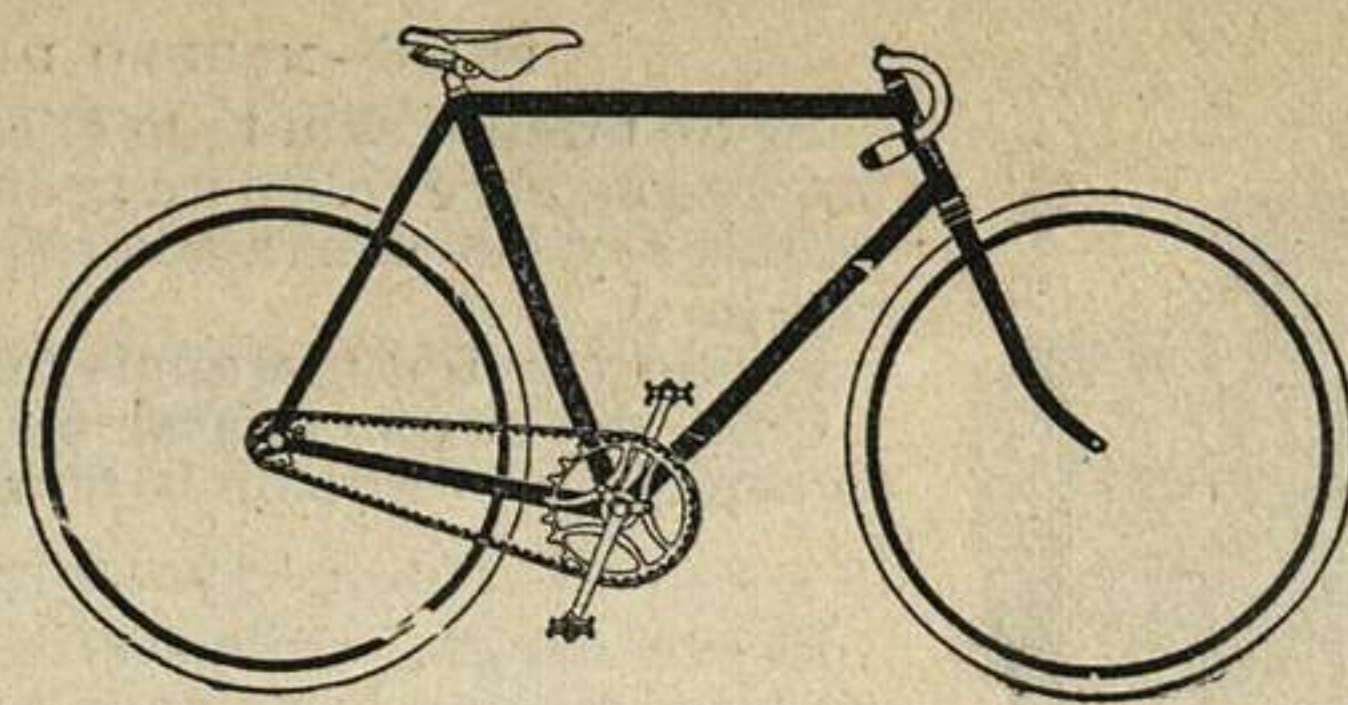
Calle de Sta. Clara 19.

--COMICO--

SEMANARIO HUMORISTICO.

Ofrece en cada uno de sus

NUMEROS



HILARIO MEENEN

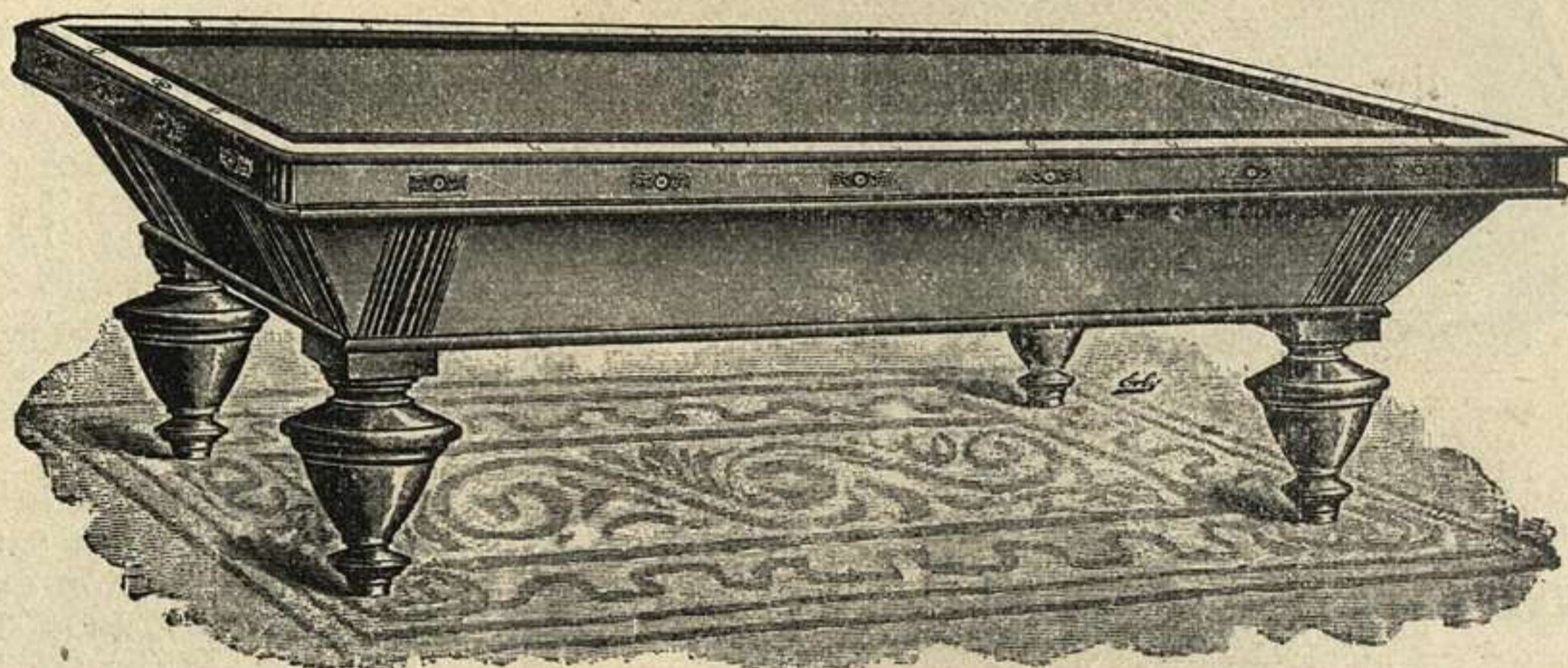
AVENIDA JUAREZ Ns. 3, 4 y 5.
Apartado 189. MEXICO

REPRESENTANTE DE
LAS FABRICAS
Humber y Co., London,
E.C. Stearns y Co., Syracuse, E. U. A.
The Record Cycle works.

FABRICA E B CICLETAS
Talleres de composturas, Accesorios, Ropa, Todos artículos de este ramo.
CASA FUNDADA EN 1892
Más antigua y más acreditada de este ramo en la República.
PIDANSE CATALOGOS

**Unico Depósito
MESAS DE BILLAR Y PIÑA**

con barandas de patente "MONARCH"



Fabricadas exclusivamente por
The Brunswick--Balke--Collender Company.
ACCESORIOS DE TODAS CLASES

Dirigirse á **JULIO BALKE, Mexico, D. F.**
CALLE DE GANTE NUM. 4 APARTADO 889
PIDANSE CATALOGOS ILUSTRADOS

GRAN REALIZACION DE BICICLETAS



Habiéndonos quedado un gran número de BICICLETAS VICTOR y otras marcas, modelos 96 y 97, unas enteramente nuevas otras de muy poco uso, las que nos vemos obligados realizar para hacer lugar á nuestro nuevo surtido. Gran oportunidad para hacerse de una bicicleta á precio menos del costo.

Garantizamos el perfecto estado de cada bicicleta. Al recibir el importe mandaremos la bicicleta para su inspección, y si no es satisfactoria, se puede devolver, pero en todo caso se cobrarán los cargos del express de ida y vuelta.

PIDANSE CATALOGOS.

Es la bicicleta más popular de México.

PRECIOS NETOS Y AL CONTADO.

Modelo núm. 33 "Victor" 1898	\$200.00
" " 32 " "	160.00
" " 35 " "	125.00

Toda clase de accesorios para bicicleta. En nuestros Talleres se hacen las composturas en menos tiempo y mejor que en ninguna otra de esta clase en la República. Todo pedido se despacha en el mismo día de su recibo.

Departamento de Bicicletas de
American Phot Supply Co.—Calle de Gante número 8.—México, D. F.